

LAS TIERRAS DEL DIABLO

CLARK CARRADOS

Aquella cosa parecía andar, pero se arrastraba por las oscuras y desiertas calles de la aldea. O quizá andaba, pero parecía arrastrarse.

Todo era cuestión de matices y de las sensaciones visuales de los posibles testigos, pero, en aquellos momentos, la gente dormía en sus casas. Algún perro ladró, aunque nadie le hizo caso; solía acontecer a menudo y los ladridos de los canes ya no turbaban el sueño de los pacíficos habitantes de Nottyburn.

La cosa parecía seguir un rumbo determinado. Su estatura era la de un hombre bien conformado, pero, en cambio, el volumen alcanzaba casi el doble. Su figura recordaba vagamente la de un ser humano: cabeza, brazos, piernas, ojos… y poco más. Sin embargo, la dificultad de sus movimientos era patente.

O quizá caminaba despacio debido a que no deseaba turbar la tranquilidad nocturna de la población.

La cosa llegó al fin ante una casa, en cuyo rótulo podía leerse se vendía de todo. Una de sus manos —¿garra, zarpa, aleta?— tanteó la puerta. Estaba cerrada. Se acercó a una de las ventanas, escaparate más bien, y miró hacia el interior.



Clark Carrados

Las tierras del diablo

Bolsilibros: Selección Terror - 77

ePub r1.0
Titivillus 19.03.15

Título original: *Las tierras del diablo*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella cosa parecía andar, pero se arrastraba por las oscuras y desiertas calles de la aldea. O quizá andaba, pero parecía arrastrarse.

Todo era cuestión de matices y de las sensaciones visuales de los posibles testigos, pero, en aquellos momentos, la gente dormía en sus casas. Algún perro ladró, aunque nadie le hizo caso; solía acontecer a menudo y los ladridos de los canes ya no turbaban el sueño de los pacíficos habitantes de Nottyburn.

La cosa parecía seguir un rumbo determinado. Su estatura era la de un hombre bien conformado, pero, en cambio, el volumen alcanzaba casi el doble. Su figura recordaba vagamente la de un ser humano: cabeza, brazos, piernas, ojos… y poco más. Sin embargo, la dificultad de sus movimientos era patente.

O quizá caminaba despacio debido a que no deseaba turbar la tranquilidad nocturna de la población.

La cosa llegó al fin ante una casa, en cuyo rótulo podía leerse se vendía de todo. Una de sus manos —¿garra, zarpa, aleta?— tanteó la puerta. Estaba cerrada. Se acercó a una de las ventanas, escaparate más bien, y miró hacia el interior.

La luz de uno de los pocos faroles en funcionamiento alumbraba débilmente el interior de la tienda. De repente, los dos brazos —o lo que fueran— de la cosa, hicieron saltar la ventana en mil pedazos.

El estrépito resultó considerable. Muchos, en sus camas, se despertaron sobresaltados. La cosa entró en la tienda, arrasándolo todo, y se dirigió a uno de los estantes, en el que hurgó frenéticamente hasta dar con lo que encontraba.

Arriba, en el piso superior, Luke Barris y su mujer, en la cama, se sentían aterrorizados por lo que ocurría en la planta, oían ruidos raros, percibían claramente la caída de cacharros y utensilios y, aunque presentían se trataba de algún ladrón, no se atrevían a

proferir una sola voz, temerosos de morir de una manera horrible.

Mientras, la cosa había encontrado lo que buscaba: papel, sobres y un lápiz. Escribió algo precipitadamente, sabiendo que su tiempo se hacía cada vez más corto. Luego, con grandes esfuerzos, metió la cuartilla en el sobre y lo cerró: el borde de goma era de adhesivo automático.

Ya se oían voces en la calle. Aquel ser se dio cuenta de que tenía cortada la retirada por la parte delantera de la tienda. En consecuencia, corrió hacia la trasera. Había una puerta de madera y la hizo saltar de un solo golpe en mil astillas.

Ahora, la cosa corría —¿o se deslizaba?— con increíble velocidad. Un poco más adelante, salió a la calle principal de Nottyburn. Tenía que hacerlo sin remedio, no podía evitarlo.

A veinte pasos, estaba la estafeta local de Correos. La cosa cruzó rápidamente y lanzó la carta al buzón. Entonces fue cuando alguien volvió la cabeza.

Era uno de los que componían el grupo situado frente a la tienda de los Barris. Vio aquella silueta informe y lanzó un poderoso grito:

—¡Por allí, por allí escapa!

—¡Los perros, los perros! —bramó otro.

Tres o cuatro hombres, armados con escopetas, se lanzaron en persecución de lo que creían era un vulgar ladrón. Los canes ladraban enfurecidamente.

Más rápidos que los humanos, alcanzaron la esquina al otro lado de la cual había desaparecido la cosa y se arrojaron sobre ella. De pronto, todos los testigos de la escena, terriblemente estupefactos, vieron surgir un bulto que volaba por los aires, en medio de espantosos aullidos de terror.

El perro se estrelló contra la pared de una casa, con horrible crujido de huesos. Dos canes más corrieron la misma suerte. Los otros escaparon, aterrados, incapaces de enfrentarse con lo que su instinto juzgaba un enemigo invencible.

Un poco más allá, la cosa se tropezó con un rezagado. John Willets corría a unirse a sus convecinos, con la escopeta en las manos. De pronto se vio frente a aquel ser indescriptible.

El pánico le hizo olvidarse por un instante de que estaba armado. Cuando, al fin, se acordó de que tenía una escopeta entre las manos, una fuerza poderosísima, irresistible, se la arrebató de un

seco tirón. Willets creyó llegada su última hora y se desmayó.

El arma quedó en el suelo. Cuando los más osados, al fin, llegaron a la calleja, vieron a Willets que se incorporaba lentamente, sin saber todavía muy bien qué le había sucedido.

Alguien alumbró la escena con una linterna. Una exclamación de asombro y de horror brotó de todos los labios de los presentes.

Los cañones de la escopeta estaban doblados y retorcidos, como si, en vez de ser del mejor acero de Sheffield, hubieran sido de simple cartulina. Del ser no se divisaba ya el menor rastro.

Todas las miradas de los presentes se dirigieron hacia un mismo punto, invisible aún, sin embargo, a causa de la oscuridad de la noche. En todas aquellas mentes había un pensamiento común.

—El monstruo del pantano —dijo alguien, resumiendo con cuatro palabras el sentir general.

Por la mañana, salió el sol, pero su luz no disipó los temores de los habitantes de Nottyburn. La vida, sin embargo, debía proseguir, y uno de los que reanudaron su trabajo, sobre todo, porque no admitía demora, fue el cartero de la aldea.

Harry Heaney empezó a revisar las cartas recibidas desde la víspera. Una de ellas no tenía sello. Miró el reverso, pero carecía de las señas del remitente. Heaney tenía la pipa humeante entre los dientes, por eso no se dio cuenta del extraño olor que se desprendía de la carta. Mató el sello de un golpe seco y luego, al lado, con una estampilla, colocó una frase oficial: A PAGAR EN DESTINO.

* * *

Shatto Deggan acudió a la puerta al oír sonar el timbre y abrió, viéndose entonces ante un individuo vestido con un uniforme oficial. Deggan arqueó las cejas.

—Señor Deggan —dijo el individuo.

—Sí, soy yo…

—Le traigo una carta sin franqueo. Deberá pagar diez peniques si desea recibirla.

—Oh, muy bien, pase usted, por favor. Voy a buscar el dinero.

El cartero entró. Deggan se dirigió a su dormitorio, buscó unas monedas y regresó a la sala.

—¿Quién me envía la carta? —preguntó.

—No lo sé, señor; no trae indicación del remitente. Pero si no desea recibirla…

Deggan sonrió.

—Por diez peniques, no vale la pena, amigo. Quédese con la vuelta —dijo, a la vez que intercambiaba la carta por una moneda de veinticinco peniques.

—Mil gracias, señor.

El cartero saludó y abrió la puerta. En el mismo momento, una rubia de formas exuberantes se disponía a entrar.

—Oh, me han adivinado que iba a llamar —exclamó la rubia dengosamente.

El hombre de Correos la miró críticamente de pies a cabeza. Luego miró al dueño de la casa y sonrió. Después, cerró la puerta.

—Hola, cariño —dijo la rubia, dirigiéndose hacia Deggan con aparatoso contoneo de caderas.

—Bienvenida, preciosa —contestó Deggan.

La carta revoloteó por los aires. Su contenido interesaba a Deggan mucho menos que los jugosos y ardientes labios de la rubia.

Al cabo de un buen rato, Deggan preparó sendas dosis de buen escocés con hielo. Entregó uno a su hermosa visitante y la miró con la sonrisa en los labios.

—¿Cómo te encuentras, Molly? —preguntó.

Ella puso los ojos en blanco.

—Como si me hubiese tocado un millón en una herencia —contestó.

—Exagerada —rió él.

Pero se sentía satisfecho de la respuesta, que no dejaba de halagar su vanidad masculina. De pronto vio en el suelo un rectángulo de papel blanco.

—¡La carta! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó la rubia.

—Nada. Simplemente, alguien me ha escrito y se olvidó de ponerle el sello.

—¿Alguna mujer celosa? —dijo ella maliciosamente. Deggan se inclinó, cogió la carta y estudió la letra del sobre.

—¡Hum! —dijo—. No parece escrito por una mujer.

—Vamos, ábrela; me muero de curiosidad por saber quién te

escribe.

—Descarada. Yo nunca miro tus cartas.

—Porque nunca estabas en casa cuando llegaba el cartero…

Deggan rasgó el sobre. Un extraño olor, muy tenue, sin embargo, hirió su pituitaria de inmediato.

Frunció el ceño. Aquel olor… materia en putrefacción, aguas muertas, hojas de árbol corrompidas…

La letra de la misiva, muy breve por otra parte, era asimismo irregular, como trazada por una mano con evidentes dificultades para escribir. O quizá había sido escrita por un beodo…

El contenido le dejó pasmado y aturdido a un tiempo:

SOCÓRREME, PRONTO… NOTTYBURN… PANTANO DE…

B. C.

Había una palabra, posiblemente la última, completamente ininteligible. Deggan empezó a pensar que era objeto de una broma.

Pero no pudo seguir adelante con sus reflexiones. De pronto, llamaron a la puerta. Acudió a abrir, olvidado momentáneamente de su hermosa huésped. Hizo girar la puerta y se encontró frente a una bella muchacha, de pelo castaño, ojos grises y aspecto preocupado, que le preguntó si era Shatto Deggan.

—Sí, en efecto, soy yo mismo, señorita…

—Kate North —se presentó la muchacha. De pronto vio a la rubia y lanzó una exclamación—: Lo siento, no sabía que tuviera visita.

La rubia se levantó y agarró el bolso.

—Mi visita ha terminado ya —dijo, con acento lleno de desprecio—. Es su turno, señorita North —añadió, un segundo antes de cerrar con un tremendo portazo.

Kate miró al dueño de la casa con expresión compungida.

—Me temo que le he causado una grave extorsión —dijo. Deggan hizo un esfuerzo por sonreír.

—Ella se iba ya —contestó con acento banal—. Pero, por favor, dígame, ¿en qué puedo servirla, señorita North?

El semblante de la muchacha se hizo de pronto más preocupado.

—¿Conoce a Barry Corcoran? —preguntó.

—Sí, éramos… Somos muy buenos amigos —contestó el dueño

de la casa.

—Lo sé. Por eso, precisamente, he venido a verle a usted. Barry había citado su nombre en más de una ocasión, señor Deggan.

—En cambio, ese pillo no me ha citado el suyo ni una sola vez —dijo Deggan sonriendo—. ¡Qué callado se lo tenía el muy…!

—Perdón, señor Deggan —cortó ella vivamente—; pero tengo la impresión de que usted se confunde acerca de mis relaciones con el señor Corcoran.

—He metido la pata —murmuró apesadumbrado el dueño de la casa—. Por favor, señorita North, siéntese y dígame qué desea tomar.

Kate paseó la mirada por el interior de la sala, como si estudiase su decoración. Luego se fijó en los vasos casi vacíos y en las colillas de cigarrillo, alguna de las cuales estaban manchadas de rojo de labios.

—Un poco de agua tónica, se lo ruego —dijo con voz helada.

CAPÍTULO II

Deggan trajo el botellín de agua tónica y el vaso con una rodaja de limón. Kate estaba sentada en el borde del sillón, muy rígida, con el bolso sobre las rodillas que la cortedad de la falda de su vestido permitía apreciar como muy bonitas. A Deggan le pareció una muchacha algo provinciana, con su trajecito estampado de vivos colores, un collar de falso coral y un sombrerito de ala redonda, algo echado hacia atrás. No había anillos en las manos y sí un discreto reloj en la muñeca izquierda.

—¿Cigarrillos? —sugirió, después de servir la bebida.

—Gracias, ahora no tengo ganas —respondió Kate—. Usted conocía muy bien al señor Corcoran, tengo entendido.

Deggan soltó una risita.

—Nadie conoce jamás bien del todo a nadie —contestó, sentencioso—. Pero, en fin, somos bastante amigos, aunque ahora hacía tiempo que no nos veíamos. Lo suficiente para desconocer su existencia, señorita North.

—Sólo llevaba trabajando con él cuatro meses. Es, o era, un hombre sumamente inteligente y activo y con un gran porvenir en su rama científica.

—Sí, algo de eso sabía yo. Barry es también un poco búho… Oiga, ha dicho *era* —exclamó él de repente—. ¿Acaso teme que haya muerto?

—No lo sé —contestó Kate—. Pero hace ya dos meses que no sé nada de él y, francamente, temo lo peor.

Deggan frunció el ceño.

—A ver, explíqueme, por favor —pidió.

—Como le he dicho antes, hace ya cuatro meses que entré a su servicio, como secretaria. Hace dos, el señor Corcoran se ausentó, diciéndome que tenía que entrevistarse con un colega, para intercambiar puntos de vista sobre los trabajos científicos de ambos.

Ya no he vuelto a tener noticias suyas.

—¿Salió fuera del país?

—No me dijo que viajase al extranjero. Le oí mencionar el nombre de una población, pero lo hizo de un modo vago… Mientras tanto, yo he seguido cuidando de su despacho, he pasado en limpio varios cuadernos de apuntes, de los cuales, francamente, entiendo muy poco, y eso es todo lo que sé.

—Extraño —comentó Deggan, a la vez que sacudía la ceniza de su cigarrillo en el cenicero—. Pero usted ha seguido trabajando para Corcoran.

—Si. Incluso la asistenta viene puntualmente tres veces por semana para limpiar la casa. El Banco me paga mi sueldo y una cantidad para gastos de la casa, que yo justifico adecuadamente, incluidos los honorarios de la asistenta y el costo de mi manutención.

—Alí, vive usted en casa de Corcoran.

—Sí, señor; él me lo pidió al contratarme. Dijo que, en ocasiones, tendría que ayudarle a deshoras y que podría necesitarme para tomar taquigráficamente lo que él me dictase. Más de una vez hemos estado trabajando hasta altas horas de la noche, aunque al día siguiente dormíamos hasta que nos sentíamos completamente descansados. Por supuesto —añadió Kate, ruborizándose vivamente—, cada uno en su habitación. A este respecto, le diré que el señor Corcoran se portó siempre conmigo de un modo exquisitamente correcto.

—No lo dudo en absoluto, señorita North. Mi amigo era, es, si vive todavía, todo un caballero. Quedó viudo hace algunos años y soportó muy difícilmente la pérdida de su esposa, aunque, como todavía es joven, ¿quién sabe si un día…? Por cierto, y ya que hablamos de ello, usted, como secretaria debe estar enterada de los trabajos a que se dedicaba.

—En cierto modo. Yo no soy un científico, como era su amigo. He estudiado algo de secretariado… Bien, me parece que él investigaba sobre la influencia de las radiaciones en el desarrollo de las semillas. Por lo visto, quería obtener mejores cualidades de reproducción y de crecimiento acelerado en las semillas de los vegetales alimenticios, principalmente trigo y legumbres.

—Ya entiendo —dijo Deggan—. Y, de pronto, dijo que se iba

fuera…

—Y no he vuelto a verle ni a tener noticias suyas.

—Barry mencionó mi nombre, dice usted.

—Oh, sí, más de una vez. Cuando ya tenía confianza con él, le dije si no salía a divertirse de cuando en cuando. Él me contestó que en tiempos lo hacía con un buen amigo suyo, es decir, usted. Por eso he venido a verle, puesto que el señor Corcoran no mencionó jamás el nombre de otra persona, al menos en el sentido de considerarla como un buen amigo suyo.

—Comprendo. Pero también ha dicho que creyó oír el nombre de una población…

—Nottyburn —respondió Kate.

—Nottyburn —corrigió Deggan.

Y, de pronto, recordó la carta que había recibido momentos antes y corrió a recobrarla.

* * *

Kate leyó el, aparentemente, desesperado mensaje de petición de socorro contenido en la cuartilla. Luego alzó sus bellos ojos hacia el dueño de la casa.

—Las iniciales corresponden a su nombre y apellidos, pero la letra no parece suya —dijo.

—Yo no me acuerdo muy bien del carácter de letra de mi amigo, aunque si esa carta hubiera sido escrita en estado normal, tampoco habría podido asegurar que procediese de él —manifestó Deggan—. Pero si hemos de creer que es suya, entonces será forzoso convenir que se encuentra en un grave apuro.

—Deberíamos ir a Nottyburn —exclamó Kate con vehemencia.

—Un momento —pidió Deggan—. No nos precipitemos, señorita North. ¿Ha avisado usted a la policía?

—No. Antes quise venir a verle a usted. Puesto que es amigo del señor Corcoran, me pareció que podría aconsejarme sobre el particular.

Deggan frunció las cejas.

—Me parece imposible que Barry se haya metido en algún lío —dijo—. Siempre fue un hombre muy sensato y mesurado en todas

sus acciones. Pero, en fin, no hay que descartar la posibilidad de que haya podido cometer una imprudencia. Esto le pasa al más tranquilo y… Señorita North.

—Sí, señor Deggan.

—Antes de viajar a Nottyburn, será mejor que echemos un vistazo a la casa de mi amigo. Usted tiene las llaves, supongo.

—Por supuesto —respondió la muchacha. Deggan se puso en pie.

—Aguárdeme unos momentos, voy a cambiarme de ropa —dijo.

Kate se quedó sola en la estancia. Sentíase profundamente preocupada por Corcoran, un hombre bueno y amable, que siempre la había tratado con la mayor corrección. Sumida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que la puerta del piso se abría en silencio.

Algo penetró revoloteando en la sala. Kate no se apercibió de ello hasta que vio una flecha de papel que pasaba volando por delante de sus ojos.

El hecho llamó notablemente su atención. Alargó la mano, pero la flecha pasó por delante de ella y fue a caer casi en el rincón opuesto a la entrada.

La curiosidad le picó vivamente. Kate se puso en pie, cruzó la sala y se acuclilló para recoger la flechita.

Shatto Deggan estaba en aquellos momentos anudándose la corbata. Oyó un fuerte grito y pegó un salto.

—¡Señor Deggan, corra, venga pronto! —llamó Kate.

El dueño de la casa echó a correr. Kate, en el centro de la sala, aparecía pálida y demudada, con un papel en la mano derecha.

—¿Qué sucede? —preguntó él, alarmado—. ¿Por qué grita?

—Lea —respondió la muchacha, al mismo tiempo que alargaba la mano.

Deggan se apoderó del papel, en el que apareció unos dobleces extraños. Luego fijó la vista en su contenido:

NO VAYAN A NOTTYBURN O LES PESARÁ

Durante unos segundos, Deggan permaneció atónito. Luego fijó sus ojos en el rostro de la muchacha.

—¿Cómo ha llegado esto a su poder? —preguntó.

—Alguien lo lanzó al interior del piso —respondió Kate—. Yo estaba distraída y no oí el menor ruido, pero ahora no me cabe la menor duda de que se abrió la puerta en silencio. Cuando me di cuenta, una flecha de papel pasaba por delante de mis ojos.

—Muy ingenioso —dijo Deggan a media voz—. El… *arquero* disparó su flecha y escapó antes de ser visto.

—Exacto. Pero ¿se ha dado cuenta del contenido del mensaje?

—Claro que sí. Es toda una amenaza, aunque no acabo de comprender a qué puede deberse. En cambio, ese mensaje me dice una cosa con absoluta diafanidad.

—¿Sí, señor Deggan?

—Usted ha sido vigilada —declaró él dramáticamente. Kate se asustó.

—¿Yo? ¿Por qué…? Nunca he hecho mal a nadie —exclamó.

—Alguien debe de considerar que el solo hecho de venir a visitarme es ya un posible daño para él —dijo Deggan.

—No entiendo…

—Es bien sencillo. El *arquero* no quiere que averigüemos qué ha sido de nuestro común amigo Barry Corcoran.

—¡Oh! —exclamó Kate, a la vez que ponía una mano en la mejilla—. Eso significa que el señor Corcoran corre serio peligro.

—Muy probablemente. Y tanto si corre peligro como si no, cosa esta última que yo desearía vivamente, usted y yo nos vamos a enterar de lo que pasa en Nottyburn. Por lo menos, yo, si usted no se atreve a viajar hacia esa población.

Kate vaciló un instante.

—Considero mi deber ir allí —decidió al fin.

—Chica valerosa —sonrió Deggan—. Aguárdeme unos momentos; voy a ver si termino de vestirme. Y, como habíamos acordado, antes pasaremos por casa de Barry para ver si encontramos allí alguna pista que nos conduzca a la verdad de lo que sucede.

* * *

—Estoy segura de que lo han secuestrado —dijo Kate, una vez sentada en el automóvil, junto al conductor.

—¿Qué le hace pensar en una cosa semejante? —preguntó Deggan, atento al infernal tránsito de las calles londinenses.

—Usted mismo puede deducirlo. Se ausentó hace meses y desde entonces, no he tenido la menor noticia suya.

—Un secuestro trae siempre implícita una posterior petición de rescate, señorita North.

—Menos en el caso del señor Corcoran —aseguró Kate.

—¿Por qué lo dice?

—Es bien sencillo. Su amigo es un científico. Trabajaba en el estudio de la aceleración del crecimiento de plantas y semillas alimenticias. Alguien puede tener interés en que continúe sus estudios sin que se hagan públicos, salvo cuando a esa persona le convenga y para su interés particular.

—Un razonamiento posiblemente ajustado a la realidad —calificó Deggan—. En tal caso, el secuestro no necesita rescate.

—No, señor, eso es lo que yo pienso Y. como ha podido apreciar, no quieren que vayamos a Nottyburn para evitar que encontremos al señor Corcoran.

—Pero, en cambio, mi amigo me pidió socorro. Usted ya ha leído su mensaje, señorita.

—Sí, aunque, si quiere que le sea franca, no me parece que sea la letra del señor Corcoran.

—Mi querida señorita North, hay circunstancias en la vida de una persona, en que el pulso tiembla más de lo conveniente y al escribir no sale la letra habitual, cosa que muy bien pudo pasarle a nuestro común amigo. Sin embargo, un calígrafo podría aclararnos muchas dudas sobre el particular, aunque ahora, como es lógico, no tenemos tiempo de hacer esa clase de consultas. Lo que más urge es saber qué le ha pasado a Barry y no ya quién, sino porque le tienen retenido en algún lugar de Nottyburn. ¿Conoce usted esa población?

—No, nunca he estado allí. A decir verdad, ni siquiera la había oído nombrar hasta hoy.

—Yo he echado un vistazo a la Enciclopedia Británica. Está al noroeste de Londres, a unos ciento sesenta kilómetros. Tiene doscientos veinte habitantes que viven principalmente de la agricultura y la panadería, muy apreciables, a pesar de la escasa población de esa aldea. No hay monumentos dignos de mérito y en sus alrededores hay una zona pantanosa de varias decenas de

kilómetros cuadrados, imposible de desecar hasta hoy. A esa zona se le denomina popularmente Devil's Lands.

—Las Tierras del Diablo —se estremeció Kate.

—Exactamente —confirmó Deggan—. Pero, lógicamente, dada la pequeñez de Nottyburn, la Enciclopedia no añade más detalles. Ya los adquiriremos sobre el terreno.

Consultó el reloj.

—Dadas las circunstancias, y aun admitiendo que Barry no se encuentra cómodo, no parece, sin embargo, que corra peligro inmediato. Por tanto, saldremos mañana hacia Nottyburn, a menos que tenga usted alguna objeción en contra, señorita North…

—Ninguna, señor Deggan —respondió Kate—. Y déjeme que le dé las gracias por atender mi demanda…

—Barry es un buen amigo y él también me ha pedido socorro —atajó Deggan ceñudamente.

CAPÍTULO III

El coche se detuvo frente a la casa del científico desaparecido. Deggan contempló el edificio, en el cual había estado un par de veces tan sólo. Aunque no la amistad, la relación con Corcoran se había interrumpido desde hacía bastante tiempo, por lo que sus visitas a la casa del que estimaba un científico algo chiflado no habían sido precisamente frecuentes.

Kate se apeó también. Buscó las llaves en el bolso y avanzó hacia el edificio, que se hallaba rodeado por un pequeño jardín.

—Señorita North… —dijo él, de pronto.

—¿Sí…?

—Usted ha dicho antes que jamás había oído mencionar el nombre de Nottyburn.

—En efecto, así es —confirmó la muchacha, ya en la puerta, pero vuelta hacia su acompañante.

—¿Tampoco ha oído, o leído, en los papeles de Barry, algún nombre que pueda darnos alguna pista?

—No, lo siento, señor Deggan.

El joven hizo un gesto pesaroso.

—Es una lástima —dijo—. Tendremos que buscar a fondo.

Kate abrió y encendió las luces. Con la mano izquierda señaló una puerta.

—El laboratorio —indicó sobriamente.

—¿Está allí también el despacho de Barry? —preguntó Deggan.

—En una pieza inmediata, pero es preciso atravesar el laboratorio. Yo solía trabajar habitualmente en el despacho, mientras él se ocupaba de sus investigaciones.

—Entiendo. Vamos allá.

Deggan avanzó resueltamente hacia la puerta. Hizo girar el picaporte y abrió, pero, en el mismo momento, alguien le atacó inesperadamente.

Kate chilló. El atacante, un sujeto vestido con ropas oscuras y con la cara tapada por una bufanda o algo por el estilo, golpeó por segunda vez.

Llevaba un arma en la mano, aunque era evidente que no quería hacer ruido con los disparos. Sorprendido, Deggan vaciló. El segundo golpe le hizo rodar por el suelo.

Todo ocurrió muy rápidamente. Kate estaba paralizada por el terror y el asombro. Antes de que pudiera reaccionar, el desconocido cargó contra ella y la derribó, empujándola simplemente con el hombro izquierdo.

Kate cayó con los pies por alto. El desconocido huyó velozmente. En una fugaz visión, Kate creyó apreciar un fajo de papeles en la mano del sujeto, pero éste se perdió de vista antes de que pudiera hacer nada.

Deggan, semiinconsciente, se retorcía en el suelo, gimiendo sordamente. Kate procuró salir de su estado de aturdimiento y, poniéndose en pie, corrió a la cocina.

Regresó con un paño húmedo, con el que frotó la frente y el rostro de Deggan. Al cabo de unos momentos, el joven pudo ponerse en pie.

—¿Quién ha sido? —preguntó—. ¿Le ha visto la cara?

Kate hizo un gesto negativo.

—La llevaba cubierta con algo, una bufanda… No estoy segura, salvo de que apenas se le podían ver los ojos. Pero usted está herido…

—No es nada —rezongó—. Vaya a la cocina y traiga al despacho una cafetera entera. Ah, y un par de tabletas de analgésico.

—Sí, señor.

Deggan sacudió la cabeza y entró en el laboratorio que se veía, al menos aparentemente, en orden. Examinó unos instantes los aparatos científicos que había allí, incluyendo un potente emisor de rayos X, y luego pasó al despacho.

—Casi lógico —murmuró, al ver todo absolutamente revuelto. Había centenares de papeles caídos por todas partes.

Algunos cuadernos con anotaciones aparecían rasgados, muchos de ellos, amontonados en la chimenea de la habitación. Deggan comprendió que sólo su oportuna llegada había impedido al desconocido pegar fuego a los documentos del profesor.

Los cajones aparecían forzados y casi vacíos de su contenido. Los libros, sin embargo, se hallaban en sus estanterías. Era evidente que el intruso no los había juzgado de su interés o bien no le había dado el tiempo suficiente para registrarlos uno por uno.

Armándose de paciencia, Deggan empezó a recoger los papeles, apilándolos con cuidado. Kate entró de pronto con una bandeja en las manos, y chilló al ver el estado del despacho.

—¿Qué ha pasado aquí? —gritó.

—Ya ve, consecuencias de la incursión del *arquero* —contestó Deggan, de mejor humor.

Ella dejó la bandeja sobre la mesa. Deggan llenó una taza.

—Parece como si hubiera pasado por aquí una horda de bárbaros —comentó la muchacha.

—Lo hizo uno solo, pero bien merece ese calificativo —sonrió Deggan.

—No entiendo. ¿Para qué vino aquí?

—Es obvio. Sin duda, Barry dejó una posible pista sobre su paradero. El, o las personas que lo tienen secuestrado, no quieren que sepamos dónde se encuentra.

—Pero sabemos que está en Nottyburn…

—Quizá hay algo que deben ocultarnos, según su opinión, por supuesto. Es muy probable, incluso, que ni siquiera en Nottyburn sepan lo que está pasando.

—¿Usted cree?

Deggan ya se había tomado su segunda taza de café, junto con las tabletas de analgésico. Se limpió los labios con el pañuelo, tanteó su frente un poco con las yemas de los dedos, emitió un gruñido y luego miró sonriente a la muchacha.

—¡Al trabajo!

La labor de búsqueda resultó pesada, agobiante. Había muchos papeles que examinar y la mayoría de ellos resultaban incomprensibles para Deggan, pero el joven insistió en que no debía dejar pasar por alto el menor detalle.

Kate preparó bocadillos y café. Habían llegado poco antes de las siete de la tarde. Pasada la medianoche, Deggan lanzó una exclamación.

—¡Al fin! Creo que hemos dado con una pista.

Kate corrió a situarse a su lado. Por encima del hombro de

Deggan, leyó:

> Mr. Gordon Wrenl…
> Hanlon Ho…
> Nottyburn.
>
> Muy Sr. mío: Por la presente, le comunico que no me interesa…

—Es una carta interrumpida y no de un modo apacible precisamente —adivinó Deggan—. Estaba con otros papeles y el intruso la pasó por alto.

Kate tomó el papel y lo examinó con atención.

—Es un borrador, escrito personalmente por el señor Corcoran —dijo—. Tendría sus motivos, puesto que yo solía despachar su correspondencia.

—Sí, es su letra —convino Deggan—. Pero da la sensación de que Barry hubiese roto el borrador, apenas empezada la carta.

—¿Y por qué no tiró los trozos a la papelera?

—Este fragmento de carta estaba en medio de un montón de papeles rotos apresuradamente. El intruso lo pasó por alto, simplemente.

—Entonces, el resto del borrador…

—No, la cuartilla ha sido rota ahora, pero la carta se interrumpe en la frase «no me interesa». Ignoramos qué es lo que no le interesaba a nuestro común amigo, pero al menos ya tenemos una buena pista: un nombre y una dirección de Nottyburn.

—Incompletos —alegó Kate.

—Tenemos «Gordon Wrenl…», pero es el principio de apellido de no difícil identificación. En cuanto a «Hanlon Ho…», significa, sin lugar a dudas. Hanlon House. Y ahí es donde se dirigirán nuestros tiros, tras la conveniente exploración del terreno —declaró Deggan, tajantemente.

* * *

El pescador se sentía de enhorabuena. Su cesta albergaba media docena de truchas, ninguna de las cuales bajaba del medio kilo. Había sido un buen día de pesca para Tom Witterby.

El riachuelo pasaba murmurante a pocos pasos del lugar en que se hallaba Witterby, cómodamente sentado en la hierba y con la espalda reclinada en un árbol. A unos quinientos metros, el riachuelo desembocaba en la siniestra región que los nativos denominaban Devil’s Lands, pero eso le importaba muy poco a Witterby.

Lucía un sol radiante, casi incongruente en aquella época del año. Witterby, con la cesta casi llena, se dejó ganar por la somnolencia. Se estaba tan bien en aquel lugar…

A los pocos segundos, dormía profundamente. Entonces, algo emergió de las aguas y unos ojos redondos, como de batracio, pero enormemente grandes, contemplaron al durmiente.

Luego, el ser se movió sin ruido, apoyándose en el fondo pedregoso del arroyo. Allí, en la cesta de Witterby, había comida.

Una cosa monstruosa surgió de las aguas, silenciosamente, reptando con el sigilo de un gran reptil. Una mano deforme, en la que apenas si se podían distinguir los dedos, pero en los que, no obstante, se advertían unas uñas córneas, semejantes a las garras de una gran fiera, se alargó hacia la cesta.

La mano agarró de un golpe un par de truchas. La cosa tenía hambre.

Pero era una mano que ahora actuaba con torpeza. Pese a sus precauciones, rozó la levantada tapa de la cesta, que cayó con ligero ruidito.

Witterby despertó. Todavía adormilado, no vio más que un bulto que hurgaba en su cesta.

—Eh, tú, maldito vagabundo, deja en paz…

La voz de Witterby se estranguló repentinamente en su garganta al darse cuenta de la horrible cosa que tenía frente a sí. El instinto le hizo agarrar la caña para defenderse.

Una fuerza poderosa, irresistible, lo empujó hacia atrás con indescriptible violencia. Witterby se sintió lanzado contra un árbol. Sintió que le crujían algunos huesos y se desmayó.

Ello le privó, afortunadamente, de ver la escena que siguió a continuación. La cosa, hambrienta, devoró las truchas en pocos momentos, comiéndoselas crudas, con terrible avidez. La sangre todavía fresca del pescado corrió por fuera de la boca, pero la cosa no pareció reparar en tan insignificante detalle.

Había también una bolsa con bocadillos, que Witterby se había llevado para comer algo al mediodía. Las garras del ser rasgaron la bolsa y se apoderaron de los bocadillos, que devoró también en pocos segundos.

Witterby seguía desmayado. Tampoco pudo ver a la cosa cuando regresaba a las aguas del riachuelo. Momentos después, la tranquilidad, de un modo relativo, había vuelto a aquel lugar.

* * *

Shatto Deggan divisó el cartel de la posada y aplicó el freno al coche.

—Aquí nos detendremos —decidió—. De momento —añadió—, somos dos viajeros de paso. No comente nada acerca de Corcoran ni haga la menor pregunta que pueda convertirnos en sospechosos.

—Está bien —respondió la muchacha.

—Otra cosa. Nos haremos pasar por una pareja de amigos que viajan de excursión. Lo corriente, en tales casos, es llamarse por los nombres propios.

—De acuerdo.

Deggan se apeó. Pendiente de una barra que sobresalía del muro, había un unicornio pintado con purpurina de plata.

Entraron en la taberna. Cuatro o cinco hombres, sentados en torno a una mesa, discutían algo con bastante vehemencia, según apreció Deggan.

En el mostrador había una mujer joven, pechugona, de gran atractivo físico, aunque de rostro amargado. Al ver llegar a la pareja abandonó el mostrador y se acercó a la mesa elegida por los recién llegados.

—Los señores dirán —murmuró.

—Cerveza para mí —pidió Deggan—. La señorita…

—Té, por favor —indicó Kate.

Fue al mostrador y volvió a los pocos momentos.

—Gracias, señorita —dijo Deggan.

—Por favor, señora McDee —corrigió la mujer.

—Señora McDee —sonrió Deggan—. Lo siento.

—No se preocupe. Muchos creen también que soy soltera.

—Y no lo es.

—Enviudé.

Y después de tan lacónica respuesta, la mujer, cuya edad calculó Deggan en no superior a los treinta años, regresó al mostrador.

Los hombres que bebían cerveza en torno a la mesa, parecían discutir un tema apasionante, a juzgar por la vehemencia de sus gestos. De pronto, uno de ellos exclamó:

—¡Pues yo os digo que habría que pegar fuego a todo Devil's Lands, a ver si así muere de una maldita vez el monstruo que habita en esos parajes infernales!

CAPÍTULO IV

Deggan aguzó el oído al percibir el nombre de Devil's Lands, aunque su actitud continuó siendo intrascendente. Pero no pudo evitar el cambio de una mirada con Kate.

Ella hizo un leve pestañeo de entendimiento. Deggan contestó con un gesto análogo.

—No hay en el país petróleo suficiente para todo Devil's Lands —dijo otro de los contertulios—. Y de no acertar a la primera con un barril ardiendo, el monstruo escaparía inmediatamente.

—Pero ¿existe de veras el monstruo? —preguntó uno de los congregados, con acento entre escéptico y burlón.

—Podrías preguntárselo a Tom Witterby, ¿no? —rezongó un tercero—. Tiene un brazo roto y cuatro costillas astilladas… La cosa devoró las seis truchas que había pescado…

—¡Bah, bah, bah! —dijo el burlón—. Witterby fue siempre un hombre de exuberante imaginación. ¡Seis truchas, cielos! Ni en sueños soy capaz de imaginarme una pesca semejante. Y en cuanto a sus lesiones, se cayó por el terraplén del camino de vuelta y luego inventó el cuento del monstruo para justificar todo lo que le había sucedido.

—¿Ah, sí? De modo que opinas que la historia del monstruo es una fantasía de Witterby, ¿eh? Bueno, a ver qué me dices de la incursión de la semana pasada, cuando medio destrozó la tienda de los Barris… Willets lo vio a menos de un paso de distancia; recuerda que le quitó la escopeta, antes de que pudiera dispararla, y retorció los cañones, como si hubieran sido de pasta de macarrones… ¿Y los perros? Lanzó a tres de ellos a más de veinte metros de distancia, desde el callejón sur a la casa de enfrente. ¿Te atreverías tú a hacer una cosa semejante? Porque no es lanzar los perros solamente, sino estrellarlos contra el muro y matarlos instantáneamente. ¿Lo harías tú desde tanta distancia con un can que pesaba más de veinte kilos?

—Está bien, está bien, no te enfades —dijo el burlón—. Todo eso puede ser cierto, pero lo que nadie sabe es qué quería hacer en la tienda de Luke Barris, cuando al día siguiente, aparte de los destrozos, nadie echó a faltar un gramo de cualquier cosa.

—Salvo un sobre y una cuartilla —manifestó un tercero—. Luke encontró en el suelo una caja de papel, recién desprecintada. Al contar los sobres y las cuartillas, de los que debía haber para cincuenta cartas, encontró en falta una de cada.

Deggan respingó al oír las últimas frases. ¿Sería posible que…? Pero antes de que nadie pudiera añadir una sola palabra, se abrió la puerta de la posada y un hombre entro en la misma.

Las conversaciones cesaron instantáneamente. Deggan se dio cuenta de la seriedad que había aparecido en todos los rostros ante la presencia del recién llegado.

Detrás del mostrador, la señora McDee se irguió, pálida y tensa. Los contertulios empezaron a salir en silencio.

El recién llegado se acercó al mostrador. Sonreía de un modo peculiar, como si se sintiera satisfecho de que su aparición hubiese provocado la desbandada de los clientes. En aquel instante, Deggan adquirió la convicción de que la señora McDee no se había marchado también, porque no podía hacerlo.

El hombre era alto, de buena presencia, vestido con cierta descuidada elegancia y aparentaba unos cuarenta años. Tenía el pelo negro y algunas canas en las sienes. Hubiera parecido un sujeto corriente, a no ser por la sonrisa insolente y dominadora a un tiempo que aparecía como constante de su expresión fisonómica.

—¿Y bien, Nora? —dijo, a la vez que se acodaba en la barra. Ella frunció los labios en un claro gesto de disgusto.

—No —respondió escuetamente.

—¿No? —repitió el hombre.

—Puedo decirlo en una docena de idiomas, señor Wrenley.

Deggan tuvo que contenerse para no dar un salto en el asiento. La punta del zapato de Kate tocó su pierna bajo la mesa. Deggan asintió con leve gesto. Ahora ya conocían el apellido completo del destinatario de una carta que Corcoran había escrito, para negar algo que aún ignoraban.

—Nora, eres muy terca…

La señora McDee interrumpió bruscamente a su cliente:

—¿Dónde está Barry? ¿Qué ha hecho usted con él? ¿Por qué no le deja que venga a verme? —exclamó, colérica.

Hubo una pausa de silencio. Deggan tenía la vista fija en su jarra de cerveza. Kate fingía contemplar la calle a través de la ventana junto a la cual se hallaban.

—¿De veras quieres ver a Barry, Nora? —preguntó Wrenley.

—¿Puede dudarlo?

—Está bien. ¿Por qué no vienes esta noche a Hanlon House?

Nora McDee vaciló.

—No estoy segura de que no me tienda usted una trampa…

Wrenley se echó a reír, a la vez que alzaba una mano.

—Soy sincero —dijo—. Ven a Hanlon House y verás a Barry Corcoran.

—Está bien. ¿A qué hora?

Wrenley hizo un gesto ambiguo.

—Lo dejo a tu conveniencia —contestó. Y tras sonreír una vez más con su estilo peculiar, se separó del mostrador y caminó hacia la puerta.

Desde allí, con el picaporte en la mano, se volvió y miró a Nora. Ella permanecía tensa, sin relajar ni por un momento su actitud hostil.

—Hasta la noche, Nora —se despidió.

La mirada de Wrenley inspiró un pensamiento turbador a Kate: «Ha desnudado a esa pobre mujer con los ojos».

Pero, de repente, a su lado, sonó la voz de Deggan:

—Por favor, señora McDee.

* * *

Nora se acercó a la mesa. Deggan se puso en pie y le ofreció una silla.

—Siéntese, por favor —invitó—. Tenemos que hablar de Barry Corcoran.

Ella le miró pasmada.

—¿Qué sabe usted de él? —preguntó vivamente.

—Nada. O, mejor dicho, sí sé algo…, pero mis noticias tienen fecha de hace algunos días. Siéntese, se lo ruego. Ah, permítame

que le presente a la señorita North, secretaria personal de Barry.

—Encantada —murmuró Nora.

—Yo también me alegro de conocerla a usted, señora —dijo Kate con dulzura—. Podríamos decirle que no era nuestra intención escuchar, pero mentiríamos. Hemos venido a Nottyburn, precisamente, para conocer noticias sobre la situación actual del señor Corcoran.

Nora se pasó una mano por la frente.

—Hace, al menos, seis semanas, que no tengo noticias suyas —declaró—. Sinceramente, temo lo peor.

—¿Muerto? —sugirió Deggan.

—O quizá algo peor…, pero no me atrevo siquiera a pensarlo… Es algo tan espantoso…

—Hemos oído algo de un monstruo. ¿Qué sabe usted de él?

—No puedo afirmar nada… Yo no lo he visto en persona, aunque si hay hombres que lo vieron tan cerca como estamos nosotros ahora… Asaltó una tienda…

—Y se llevó papel y sobre —dijo Deggan, a la vez que sacaba la carta recibida. Nora contempló la misiva con ojos de asombro.

—¿Es de Barry? —preguntó.

—Supongo que sí, porque la letra resulta irreconocible. Pero después de los comentarios que hemos oído, ya no me cabe la menor duda, señora McDee; sobre todo si tenemos en cuenta que Barry no pudo, o quizá no tuvo ocasión, de robar un sello de Correos, por lo que, para recibir esta carta, tuve que abonar yo el franqueo.

—Es horrible… No puedo vivir más en esta incertidumbre —se lamentó la joven.

—Veamos, usted parece sentir cierto afecto por Barry Corcoran —dijo Deggan. Nora le miró de frente.

—Estoy enamorada de él. Y él se enamoró de mí —repuso firmemente—. Puede que les parezca ridículo, pero todo ocurrió en menos de cuatro semanas. Barry y yo nos sentimos atraídos desde el primer momento…

—Esto no tiene nada de ridículo, señora McDee —dijo Kate con acento persuasivo—. Usted es viuda y libre y él también es libre. Usted es muy atractiva; el señor Corcoran tiene menos de cuarenta años y no es un mal tipo. ¿Por qué no iban a poder enamorarse?

—Gracias, señorita North —sonrió tristemente la posadera—. Pero lo que surgió entre nosotros dos, casi desde el primer momento de conocemos, parece no resultó muy del agrado del señor Wrenley.

—¿Por qué? —preguntó Deggan.

—Barry me dijo en cierta ocasión que Wrenley no quería que continuasen nuestras entrevistas. Wrenley decía que Barry no podría concentrarse en su labor si… si seguía *mosconeando* a mi alrededor. Pero yo sé que ése no era el motivo verdadero.

—¿Cuál es, pues, el motivo auténtico? —Quiso saber Deggan.

—Wrenley me pretende a mí. Yo nunca he podido ni siquiera sufrirle. Es… odioso, repugnante, malvado… Simplemente, Wrenley se sentía celoso de Barry.

—¿Alguna vez mencionó Barry los trabajos que realizaba con Wrenley? —preguntó Kate.

—No. Sólo habló de experimentos científicos con semillas o algo por el estilo, pero no dijo nada más. Y a mí no me importaba lo que hiciera; lo único que quería era que dejase Hanlon House y se viniera a mi lado para siempre. Es decir, casarnos y marcharnos a residir a Londres. Yo hubiera traspasado el negocio…

—De modo que hace seis semanas que no tiene noticias de Barry —dijo Deggan pensativamente.

Nora asintió.

—Un buen día dejó de venir a verme —contestó con triste acento—. Desde entonces, no he vuelto a saber de él. Presiento lo peor…

Unos clientes entraron en la taberna en aquel momento. Nora se levantó, dispuesta a servirlos.

—Disculpen —musitó.

—Aguarde un instante —pidió Deggan—. Usted va a ir esta noche a Hanlon House.

—Sí, señor.

—Iremos con usted, Nora. Más tarde, acordaremos el plan de viaje.

Nora sonrió levemente.

—De acuerdo —accedió.

Deggan y Kate quedaron solos.

—¿Qué opinas. Shatto? —preguntó ella.

—Lo peor, Kate.

La chica se estremeció.

—Hemos oído hablar de un monstruo…

Deggan movió la cabeza pesarosamente.

—No lo sé —dijo—. Quizá sea una fantasía nuestra, pero hay testigos que parecen haberlo visto de manera que no queda lugar a dudas. Pero es muy posible que los experimentos de transmutación que realizaba nuestro común amigo le hayan afectado personalmente hasta convertirle en ese ser monstruoso que ahora está sembrando el terror en la comarca.

CAPÍTULO V

Pasadas las diez de la noche, una sombra se movió con vivo paso por la desierta calle principal de Nottyburn. Vestida con un grueso chaquetón y botas de media caña, Nora McDee caminó hasta llegar a la salida de la población, en donde había un coche con las luces apagadas.

Deggan abrió la portezuela delantera. Kate estaba sentada en el asiento posterior.

—Entre, Nora —dijo el joven.

La señora McDee se acomodó en el asiento.

—Siga recto hasta que le indique —murmuró—. Hanlon House está a cuatro kilómetros escasos de Nottyburn.

El coche inició la marcha, ahora con los faros encendidos. A unos mil quinientos metros, Nora señaló una desviación lateral.

—Por ahí —indicó.

Deggan hizo girar el volante hacia la derecha. El nuevo camino, de tierra, tenía un piso muy irregular, aparte de su estrechez. Abundaban los árboles y los matorrales, y a través de las ventanillas abiertas entraba un olor fétido nada agradable.

—Devil's Lands está muy cerca —dijo Nora—. Prácticamente, este camino señala el límite oriental. Hanlon House está a unos trescientos metros del borde norte.

—¿Es peligroso ese pantano? —preguntó Kate.

—En algunos sitios, dicen, no se conoce su profundidad. Hay muchos animales y abundan las serpientes de agua, algunas de ellas muy dañinas. Según tengo entendido, nadie lo ha explorado en su totalidad.

Un pájaro emitió a lo lejos un metálico tableteo. Kate se estremeció.

—Lugar siniestro —murmuró.

—Nora, ¿qué más sabe usted de Wrenley? —preguntó Deggan.

—No mucho —contestó la aludida—. Llegó a Hanlon House hará seis o siete meses. La mansión estaba poco menos que en ruinas, pero él la acondicionó muy bien, según tengo entendido. Luke Barris le suministra los víveres y conocía bien Hanlon House. Le oí comentar que ahora tenía un aspecto casi enteramente distinto.

—Pero Wrenley no haría las obras en persona —dijo Kate.

—Trajo una cuadrilla de obreros, con un capataz. Trabajaron rápido; en menos de dos semanas quedó todo listo. Aparte de eso, tiene dos criados, sí se les puede llamar así, que le ayudan en todo.

—¿Los conoce usted?

—Superficialmente. Sé sus nombres: Will Patterson y Mark Higgins, pero poco más. A mí me parecen dos tipos de película de televisión, ya saben ustedes, esos *gorilas* que salen…

—Sí, comprendo —dijo Deggan—, gente de trueno. Y dadas las circunstancias, no me extraña en absoluto. ¿Qué más sabe de Wrenley?

—Poca cosa, porque nunca habla con nadie de lo que hace en su casa. Sin embargo, en cierto modo, es bastante sociable, pero, repito, sumamente reservado en cuanto a lo que sucede en Hanlon House.

—Nosotros teníamos la impresión de que Barry había sido secuestrado —manifestó el joven—. ¿Le dijo alguna vez si estaba en Hanlon House contra su voluntad?

—No. Nunca mencionó nada al respecto —contestó Nora, sorprendida—. ¿Qué les hizo pensar en un secuestro?

—A Kate, la falta de noticias, pero, sobre todo, la repentina marcha de Barry, sin el menor aviso ni mencionar nada acerca del lugar al que se dirigía. En cuanto a mí, la carta de Barry y la amenaza de alguien que quería evitar que viniésemos a Nottyburn. Pero esto me extraña doblemente, puesto que debemos descartar la posibilidad de secuestro.

—Barry me dijo que estaría todavía algunas semanas en Hanlon House y que luego nos iríamos a Londres… ¡Pare! —exclamó Nora de repente—. Ahí está la casa.

Deggan frenó, a la vez que apagaba las luces. A unos doscientos cincuenta metros de distancia se divisaban unos cuantos cuadrados luminosos, sin que la oscuridad circundante permitiese distinguir los contornos del edificio.

Nora se apeó.

—Seguiré a pie, es lo mejor —dijo. Deggan le entregó algo.

—Métalo en su bolso —indicó—. Si se ve en grave riesgo, aprieta con fuerza el botón rojo. Nosotros recibiremos la llamada en el coche.

Nora asintió a la vez que guardaba en el bolso la cajita que le había entregado el joven.

—De acuerdo —dijo, a la vez que iniciaba la marcha hacia Hanlon House con paso rápido y decidido.

Deggan tocó una tecla en el tablero de mandos.

—Bueno —murmuró—, ahora sólo nos queda esperar.

—Me siento muy aprensiva —confesó Kate.

—El lugar no es como para estar tranquilo —admitió él, a la vez que se disponía a encender un cigarrillo.

A los pocos momentos vieron abrirse una gran puerta, por la que salió un fuerte resplandor. La silueta de Nora se recortó un instante contra la luz; luego, desapareció de la vista de los dos jóvenes.

* * *

Había transcurrido ya media hora. Dos luces de la casa se habían apagado. El receptor de radio permanecía silencioso.

Los dedos de Deggan tamborileaban sobre el tablero de instrumentos. Kate se sentía cada vez más nerviosa y empezaba a morderse las uñas.

De pronto, sonó una voz a la izquierda del camino:

—Shatto, Shatto…

Deggan se irguió en el asiento. Kate pudo contener un grito de terror haciendo un gran esfuerzo.

—Shatto —repitió la voz.

Deggan volvió la vista hacia el lugar de donde procedían los sonidos. Habituadas sus pupilas a la oscuridad, pudo divisar unos arbustos de gran tamaño que se movían ligeramente.

—Barry, ¿eres tú? —preguntó el joven.

—Sí, pero… ¡Por el amor de Dios! No mires, no te muevas… ¡No te acerques a mí siquiera!

Kate sintió un escalofrío de terror. Deggan procuró dominar el

nerviosismo que le había acometido.

—Barry, ¿por qué no sales de tu escondite?

—No puedo… Es… Soy algo horrible… Shatto, ¿no tienes ahí algo de comida? Estoy medio muerto de hambre…

De pronto, Deggan agarró la linterna que tenía en la guantera y, decidido, saltó del coche.

—¡No! —exclamó Corcoran—. No lo hagas, Shatto…

—Barry, eres mi amigo. Recibí tu carta. Estoy aquí con Kate, tu secretaria. Los dos estamos, dispuestos a ayudarte…

—¿Cómo puedes ayudar a un monstruo, Shatto?

La luz de la linterna se había encendido de repente. Kate vio la cosa durante un instante, lanzó un grito y luego se desmayó.

Deggan retrocedió un paso. El ser que había delante de él, a cinco o seis pasos de distancia, escapaba a toda descripción.

Una masa de vello, informe, de grandes dimensiones, con dos ojos redondos, como de pez o de batracio… ¿*Aquello* era su amigo Corcoran?, pensó el joven.

—Wrenley me ha transformado en lo que soy —dijo la cosa lúgubremente.

—Pero ¿por qué? ¿Qué le has hecho?

A lo lejos se oyó cierto ruido en la casa. El ser empezó a retroceder.

—Tráeme comida, Shatto… Tengo hambre…

Una luz osciló en el camino.

—Vendré mañana muy temprano —prometió Deggan.

El ser ya no dijo nada. Deggan oyó un crujido de ramajes y luego todo quedó en silencio. Kate se incorporó en el asiento.

—Shatto —gimió.

—Estoy aquí —contestó el joven—. Cuidado, viene alguien.

La luz de la linterna oscilaba cada vez más cerca. Deggan se inclinó sobre el tablero de mandos y encendió los faros.

—¡Apague esa maldita luz! —gritó una voz colérica a cincuenta pasos.

—Nada de eso —contestó el joven—. Quiero verle la cara, Wrenley.

—Está equivocado. Yo soy Will Patterson. El señor Wrenley está ocupado.

Deggan se sobresaltó.

—Dígame, ¿qué ha sido de la señora McDee?

—Precisamente de eso quería hablarles, amigos —contestó Patterson—. La señora McDee les ha escrito unas líneas. Yo traigo su carta.

Patterson se hizo visible con más detalle. Era un sujeto corpulento, fornido, de cara cuadrada y hombros muy anchos. En su mano derecha se veía un sobre.

—Aquí tiene, Deggan —dijo.

El sobre no estaba cerrado. Deggan sacó una cuartilla de su interior. A la luz de los faros leyó:

> Me quedo voluntariamente en Hanlon House. Por favor, márchense de Nottyburn. Todo irá mejor si abandonan la aldea. Gracias.
>
> Nora.

Deggan estudió la misiva con gesto especulativo.

—Muy bien —dijo al cabo—. Está firmada por la señora McDee, pero ¿es su letra? Y, aun suponiendo que lo sea, ¿ha escrito la carta voluntariamente?

De súbito, Patterson sacó un revólver de gran tamaño.

—Están en terrenos privados —exclamó—. Váyanse.

—¿Es eso todo lo que tiene que decirnos?

—Sí. Son órdenes del señor Wrenley.

Hubo un instante de silencio. Luego, Deggan, con aparente mansedumbre, se sentó tras el volante y dio el contacto.

—Adiós, Will.

—Adiós —contestó el esbirro secamente.

—Temo por Nora —dijo Kate momentos más tarde, ya lejos de la casa.

—Yo también, aunque no creo que las cosas lleguen a un extremo irreparable. ¿Sabes?, tengo ganas de encontrar una muestra de escritura de Nora.

—Para compararla con la letra de la carta.

—Sí. Aunque lo más probable es que la letra sea auténtica. Pero no la voluntad que movía la mano al escribir.

Kate asintió.

—Comprendo. Tratas de decirme que Nora ha sido forzada a

escribir esta carta —dijo.

—Sí, eso mismo.

De nuevo volvió el silencio.

—Estoy pensando en una incursión en Hanlon House —dijo Deggan, pasados unos minutos, cuando ya salían al camino principal.

—¿Cuándo, Shatto?

—Antes de realizar una incursión en territorio enemigo, conviene una exploración del mismo —contestó él.

—De modo que consideras a Hanlon House como territorio enemigo —dijo Kate.

—Tal como se han puesto las cosas, no te quepa la menor duda. Exploraré el terreno mañana, muy temprano, con el pretexto de traer comida para Corcoran.

Kate se tapó los ojos con las manos.

—¡Pobre señor Corcoran! —gimió—. Lo creerás o no, pero me he desmayado al ver el aspecto tan horrible que tiene ahora. ¿Cómo es posible que se haya transformado en un ser tan espantoso?

—No lo sé, aunque pienso averiguarlo, sea como sea; y si Wrenley es el culpable, créeme, se lo haré pagar tan caro, que deseará no haber nacido jamás —respondió Deggan ceñudamente.

—¿Y ella? ¿Qué será de la pobre señora McDee?

—Es probable que mañana encuentre respuesta para esa pregunta —dijo el joven.

* * *

En aquellos momentos, Nora estaba tendida sobre una cama metálica, a la que se hallaba sujeta por unas abrazaderas metálicas. Inclinado sobre ella, Wrenley sonreía satánicamente.

—He escrito la carta que usted me pidió —dijo ella—. ¿Por qué me tiene ahora aquí?

—Tú amas a Corcoran —expresó Wrenley.

—Sí, es cierto…

—Y me has rechazado a mí.

—A usted no podría amarle aunque me ofrecieran todo el oro del mundo. ¡Se lo juro!

—Una respuesta muy melodramática —dijo Wrenley—. Pero que lo dice todo con meridiana claridad. Bien, el ansia suprema de unos enamorados es estar reunidos continuamente y yo voy a procurar que nunca te separes más de Corcoran.

Wrenley tenía en la mano un tubo de pequeñas dimensiones del que, súbitamente, partió un chorro de gas que dio de lleno en el rostro de Nora. La joven trató desesperadamente de contener la respiración, pero hubo un momento en que, a la fuerza hubo de realizar una aspiración.

El gas llegó por segunda vez a los pulmones. Nora sintió que todo daba vueltas a su alrededor, el techo, Wrenley, los infernales aparatos que había en aquella estancia… De pronto, la luz se apagó y la maligna cara de Wrenley desapareció de su vista.

CAPÍTULO VI

Con la punta de la nariz, pues tenía las manos embadurnadas hasta el codo de una sustancia espesa y pegajosa, Wrenley tocó un timbre que había en una de las paredes de aquella estancia. Mark Higgins, un sujeto del que hubiera podido decirse era hermano de Patterson, tal era la semejanza física entre ambos, llegó a los pocos instantes.

—Señor —dijo con voz inexpresiva, sin que en sus pétreas facciones se viese la menor alteración por contemplar la hermosa mujer desmayada y atada a la mesa de operaciones.

—Busca a Neal Crumm —ordenó Wrenley, que de nuevo había vuelto a su tarea—. Ahí, en esa mesa —la indicó con el mentón—, hay un papel. Está firmado por Nora. Dáselo, para que lo use si alguien hace demasiadas preguntas. A partir de ahora, Neal será el encargado de El Unicornio de Plata.

—Está bien, señor.

Higgins cogió el papel, lo guardó en su bolsillo y salió, Wrenley continuó su tarea. Trabajó durante casi toda la noche. De cuando en cuando, sin embargo, salía a un invernadero situado en la parte posterior del edificio, un vasto cobertizo de hierro y cristales, cuyo techo alcanzaba en ocasiones hasta doce y más metros de altura, en el que efectuaba algunos trabajos en las plantas que allí se cultivaban.

Cerca del amanecer, Nora despertó. Sentía un poco de sed y notó sus miembros entumecidos. Quiso mover un brazo, pero notó las ligaduras de hierro y hubo de continuar inmóvil a la fuerza.

Al cabo de un rato, vio aparecer a Wrenley.

—Suélteme —pidió, con una voz densa, que no le pareció la suya propia.

—Con mucho gusto —accedió el mencionado. Las abrazaderas de hierro cedieron.

—Levántate —ordenó Wrenley.

Ella obedeció torpemente. Sus músculos estaban aún entumecidos. De pronto, se vio ante un espejo de cuerpo entero.

Un horrible alarido se escapó de su garganta. Wrenley reía demoníacamente.

—¿No querías reunirte con Corcoran? —exclamó—. Bien, ahora ya eres igual que él. Si Corcoran te ama, no dejará de apreciar mi labor.

Nora sintió que la cabeza le daba vueltas. No, se dijo, sintiéndose al borde de la locura; no era posible que ella se hubiese transformado en aquel monstruo indescriptible, sin figura humana… En una sola noche, se había convertido en una cosa sin nombre, en un ser horripilante…

Una mano la empujó brutalmente hacia la salida.

—¡Vete, vete! —gritó Wrenley—. Busca a Corcoran. Lo encontrarás en los pantanos… Ese es el lugar adecuado para que vivan dos monstruos como vosotros… ¡Vete! ¡Vete! ¡Anda, busca a Corcoran! ¡Búscalo, búscalo!

Una fuerza irresistible empujó a Nora y la hizo caer a gatas sobre el suelo. Wrenley reía desaforadamente, como si de repente hubiera perdido el juicio… o como si ya no le importase mostrar al descubierto su naturaleza infernal.

A trompicones, cayendo, levantándose, enloquecida, Nora huyó hacia los pantanos, mientras a sus espaldas sonaban las demenciales carcajadas del hombre que, en una sola noche, la había convertido en un espantoso monstruo, que ya no recordaba en absoluto a la hermosa mujer que había sido la víspera.

* * *

A las siete en punto de la mañana, Deggan hizo que Luke Barris abriese la tienda. Barris le atendió de mal humor en principio, aunque luego, se dulcificó su gesto al darse cuenta de la elevada factura que suponían las tempranas compras del forastero.

Cargado con una bolsa repleta de comida, Deggan regreso al automóvil, en el cual ya le esperaba la muchacha. Inmediatamente emprendieron la marcha hacia el punto en donde la noche anterior

habían visto a Corcoran.

—Estoy preocupado por Nora —dijo Deggan minutos después de arrancar. Kate asintió.

—Yo también —respondió—. No ha vuelto en toda la noche.

—Se habrá quedado en Hanlon House. Me gustaría hablar con ella y saber si es cierto que escribió esa carta voluntariamente.

—No hemos comprobado su letra, Shatto.

—Ya lo haremos en otro momento. Ahora corre más prisa dar de comer a Barry.

Kate lanzó un lamento.

—¡Dios mío! ¿Cómo habrá podido transformarse en un ser tan horrible?

—Él nos lo dirá. Tengamos paciencia, el encuentro ya no se puede demorar mucho, Kate.

Un cuarto de hora más tarde, Deggan detenía el coche en la última revuelta del camino, de modo que no pudiera ser visto desde Hanlon House. Saltó al suelo y avanzó unos pasos para estudiar la casa, situada a menos de trescientos pasos de distancia.

Hanlon House aparecía tranquila y silenciosa. Lo corriente en las casas de campo era tener perros, pero allí no ladraba ninguno. Quizá Wrenley no quería tener preocupaciones con animales domésticos.

Los ocupantes de la casa debían de estar dormidos. Volvió sobre sus pasos y se adentró un poco en el bosque. A lo lejos se veían algunos reflejos del sol en los charcos del pantano.

—Barry —llamó a media voz—. Soy Shatto. ¿Dónde estás, Barry?

Unos ramajes crujieron en las inmediaciones.

—Shatto.

—Estoy aquí. Barry.

—¿Traes comida?

—Sí, una bolsa llena…

—Lánzala, por favor.

—Escucha. Barry…

—Dame los víveres, Shatto. No quiero que me veas. Vete, por favor, vete.

En lugar de obedecer, Deggan dio dos o tres pasos hacia el matorral.

—Soy tu amigo. Tengo derecho a saber…

—Nunca más seré lo que fui… Ahora ni siquiera soy un ser humano… Vete, Shatto, por lo que más quieras…

—Escucha, podríamos ayudarte. Si has sufrido una transformación, debida a tus experimentos, otros científicos, tal vez, podrían restituirte a tu aspecto primitivo.

—No, no, eso es imposible; la mutación es irreversible. Pero ¿no te has dado cuenta aún del aspecto que tengo?

Corcoran surgió repentinamente del matorral. Kate vio aquella horripilante figura y se volvió de espaldas, acarrándose con manos crispadas a la portezuela medio abierta del automóvil.

Deggan inspiró profundamente. El aspecto de su amigo, ahora, a pleno día, más que horror, le daba pena. Aquella cosa tenía cabeza… y brazos y piernas… pero todo era monstruosamente grueso, sin cuello, con una cantidad de vello indescriptible cubriéndolo todo… y con unas espantosas garras en el lugar que debieran haber ocupado las uñas. Los ojos eran enormes, semiesféricos, y en lugar de boca había una hendedura que no podía llamarse tal. La nariz no existía, aunque Deggan supuso que en el lugar correspondiente debía de haber dos orificios para la respiración del ser.

Los brazos y las piernas, debido a su grosor, parecían mucho más cortos que lo que hubiera debido corresponder a un ser de semejantes proporciones físicas. Sin embargo, aquellos miembros poseían una fuerza colosal, al menos, de dar crédito a las habladurías de los vecinos de Nottyburn.

—¿Lo ves, Shatto?

La ronca voz de Corcoran rompió aquella tensa pausa de silencio. De repente, el monstruo dio dos pasos y se apoderó de la bolsa.

—He tenido que comer peces crudos —dijo—. Cuando no encuentro otra cosa, me alimento de hierbas repugnantes… y así seguiré hasta que muera, Shatto.

Deggan avanzó hacia su amigo. Corcoran retrocedió vivamente.

—No, no te acerques —exclamó—. Déjame, déjame, te lo suplico por lo que más quieras.

Corcoran empezó a introducirse de nuevo entre el boscaje.

—Barry, he hablado con Nora…

Deggan no pudo hablar. Corcoran le interrumpió súbitamente.

—Ah, Nora —gimió—. Pobre mujer… No le hables de mí —gritó de pronto—. No le digas que me has visto. Ella no podría resistir…

Una voz sonó de pronto entre la espesura.

—¡Barry, Barry! ¿Dónde estás? Soy Nora… ¡Contesta, Barry!

Corcoran giró en redondo. A unos cincuenta pasos, entre los matorrales, se veía una figura voluminosa que se movía torpemente.

—¡Barry, soy Nora!

Deggan sintió como si le hubiesen golpeado el pecho con un mazo. Aquella figura informe que se movía entre el follaje…

Corcoran se olvidó por unos instantes de que tenía hambre y echó a correr hacia el lugar de donde procedía la voz.

—¡Nora, Nora! —clamó.

Kate se había vuelto y contemplaba la escena con ojos desorbitados. Las dos monstruosas figuras se reunieron a los pocos instantes. Kate creyó que se iba a volver loca.

—Shatto —llamó.

Deggan retrocedió. Kate, palidísima, alargó una mano hacia él.

—No sé si me voy a desmayar…

—Mantente firme. Kate.

El brazo de Deggan rodeó la cintura de la chica. Ella, suspirando, se relajó y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Estoy soñando, Shatto? —preguntó.

Deggan volvió los ojos hacia la espesura. Un instante vio a la pareja de seres monstruosos y luego, al segundo siguiente, ya no los vio.

—¿Cómo es posible que sucedan estas cosas? —se preguntó, lleno de consternación.

Primero había sido Corcoran. Ahora, la señora McDee.

¿Había, en alguna parte, una droga o una radiación misteriosa que transformaba en monstruos a los seres humanos?

Y si era así. Corcoran y Nora, ¿serían los últimos o eran los primeros de una serie tal vez inacabable de mutaciones físicas?

* * *

Detrás del mostrador había ahora un tipo fornido, de mediana

estatura y de cara poco simpática. Deggan y Kate se sentaron en una de las mesas.

El hombre acudió a servirles.

—Dos de escocés —pidió Deggan.

—Es muy temprano —rezongó Crumm.

—No le he pedido su opinión —contestó el joven secamente.

—Yo sólo lo decía por…

—¿Tiene el *whisky* o no?

—Está bien, señor, no se enfade.

Crumm se retiró al mostrador, para volver a los pocos minutos con una botella y dos vasos.

—¿Dónde está Nora McDee? —preguntó Deggan súbitamente.

—Se ha ido —respondió el nuevo tabernero—. La posada me pertenece ahora. Yo soy Neal Crumm y… Mire, aquí tengo el documento que lo justifica.

Crumm sacó un papel del bolsillo posterior y se lo enseñó al joven. Deggan paseó la vista por los renglones escritos y luego lo devolvió a su dueño.

—Está bien, gracias.

—Cuatro chelines, señor.

Deggan metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda.

—Guárdese la vuelta —dijo.

Crumm se tocó la sien con dos dedos y el borde de la moneda. Dos hombres entraron en aquel momento y se dirigieron al mostrador. Crumm se dispuso a atenderlos.

—¿Qué era ese documento, Shatto? —preguntó Kate.

—Un contrato de compraventa. Falso, por supuesto. No era aún el momento de que Nora vendiese su negocio.

—¿Podríamos demostrarlo?

—¿De qué nos serviría? Ahora, lo que más nos importa es resolver la horrible situación en que se encuentran Barry y Nora.

Kate sintió frío en la espalda.

—Esos dos pobres…

—Hay algo que me pone los pelos de punta —confesó Deggan—. No quisiera tener que verme obligado a hacerlo, pero tal vez acabe pensando que la mejor solución para esos dos desdichados es un tiro en la cabeza a cada uno de ellos.

—¡No hables así, Shatto, por el amor de Dios! Tiene que haber

una solución…

—De modo que Nora McDee se ha largado a Londres —dijo de repente uno de los recién llegados—. No me extraña en absoluto; el suelo le quemaba los pies en Nottyburn.

—Acabará en una esquina, bajo un farol buscando *clientes*, después de haber dilapidado su dinero —comentó el otro.

Deggan sintió deseos de levantarse y emprenderla a puñetazos con los deslenguados, pero se contuvo. Casi en el mismo tiempo, se oyó ruido de frenos de un coche en el exterior.

Un hombre entró al poco en la taberna. Era un tipo de mediana estatura, ventrudo, con un pequeño bigote en el labio superior y una sonrisa de superioridad en los labios.

—Hola, muchachos —saludó desenvueltamente a todos los presentes—. Una ronda por cuenta de Donald Myers, que soy yo, por supuesto.

Había bastantes anillos en los regordetes dedos del recién llegado. Myers trabó inmediatamente conversación con el nuevo posadero y sus dos clientes.

—Nottyburn me gusta —declaró—. Tal vez me quede una temporada a vivir aquí, si… Por cierto, ¿ha oído alguno de ustedes hablar de Hanlon House? Tengo que entrevistarme con el dueño…

Deggan aguzó el oído a la mención del nombre de la casa donde vivía Wrenley. Se dijo que le gustaría conversar un poco con el forastero, pero Myers no le dio ocasión.

—Bueno, chicos, volveré a verles —se despidió, tras dejar en el mostrador un billete de una libra.

Cuando se acercaba a la puerta, reparó en la pareja.

—Ustedes no han aceptado mi invitación —observó, sonriente.

—Simplemente, no nos han servido —contestó Deggan.

—Ahora les servirán. Tomen una copa a mi salud… ¡a la salud del nuevo dueño de Hanlon House!

Otro billete revoloteó por el aire y cayó sobre la mesa. Antes de que los asombrados ocupantes de la mesa pudieran reaccionar, Myers, pomposo y ostentoso, salió a la calle, subió a su automóvil y lo puso en marcha.

El motor arrancó con gran estruendo. Un ruido deliberadamente provocado para hacer notar su presencia en Nottyburn, pensó Deggan.

Myers salió disparado, como si tomase la salida en alguna carrera de Fórmula 1.

—Vaya tipo pretencioso —calificó Kate.

—¿Por qué habrá dicho que es el nuevo dueño de Hanlon House? —murmuró Deggan.

—Será algún compinche de Wrenley —supuso ella.

—Tal vez. De todas formas, conviene no olvidar que nosotros, apenas oscurezca, realizaremos nuestra prometida incursión a esa casa del diablo.

CAPÍTULO VII

—El señor Wrenley no está visible ahora —dijo Patterson. Myers sonreía desenvueltamente.

—¿De veras?

El índice derecho golpeó con un seco papirotazo la nariz del esbirro. Lágrimas de dolor y furia brotaron en el acto de los ojos de Patterson.

—Avísale, idiota —dijo Myers, sin dejar de sonreír.

Patterson lanzó un gruñido. Dio un paso atrás, pero, de repente, se puso rígido. Un revólver de cañón corto, de grueso calibre, acababa de aparecer en la mano del visitante.

—Cuando Myers da una orden, se cumple en el acto. ¿O quieres que te parta un remo de un tiro y luego haga que tu amo te arroje, todavía vivo, a la ciénaga?

Myers había dejado de sonreír. Sus ojos, amables y dulces cuando quería, eran ahora dos pedacitos de hielo.

—Sí, sí…, señor… Al momento —tartamudeó Patterson, muy impresionado, porque se daba cuenta de que aquel hombre, de apariencia tan vulgar y pedestre, era duro como el pedernal y despiadado como un felino.

Wrenley apareció a los pocos momentos, vestido con un mono blanco, manchado por algunas partes.

Estaba furioso.

—¿A qué diablos has venido, Don? —preguntó malhumoradamente.

—Tenemos una cuentecita pendiente —dijo Myers con aparente benevolencia—. ¿O ya lo has olvidado, Gordie?

—No, no lo he olvidado, demonio —rezongó Wrenley—. Pero me parece que éste no es el momento más oportuno…

—¿Cómo que no es el momento más oportuno? Gordie, ¿quieres decirme en qué momento he de venir para recibir las diez mil que

te presté, más los intereses acordados?

—Hombre, yo…

—Gordie, no me vengas con fábulas. O sueltas la pasta o te largas de aquí inmediatamente, y yo me quedo con la propiedad, como compensación del dinero que me debes. ¿Has entendido, Gordie?

—Lo he entendido muy bien. ¡Y no me llames Gordie, sabes que no me gusta! —vociferó Wrenley, colérico. De pronto, se pasó una mano por la frente y, acercándose al aparador junto al cual se hallaba su visitante, se sirvió una copa—. ¿Puedes esperar hasta mañana, Don? —preguntó, algo más calmado.

Myers consultó su reloj.

—Te concedo de tiempo hasta las once de la mañana —respondió—. A las dos tengo una importante reunión de negocios en Londres.

Wrenley se burló *in mente* de su interlocutor. «Una reunión de negocios. Seguro que es una reunión de jefes de banda», pensó.

—Está bien —dijo en voz alta—. Antes de que den las once de la mañana, nuestro problema estará definitivamente resuelto.

Myers no supo captar el oculto sentido de aquellas palabras. De lo contrario, habría corrido a su coche y escapado sin más de Hanlon House.

—Yo tengo que trabajar —añadió Wrenley—. Acomódate a tu gusto por ahí. Patterson o Higgins te enseñarán tu habitación. Hasta luego, Eton.

—Hasta luego, Gordie.

Wrenley sufrió un estremecimiento de cólera al oír aquella palabra que tanto detestaba, pero no hizo el menor comentario. Myers quedó en el mismo sitio, indolentemente reclinado en el aparador y con una copa en la mano.

Y mientras volvía al trabajo, Wrenley maldecía la hora en que se le había ocurrido pedir dinero prestado a aquel buitre con figura humana.

* * *

Las sombras de la noche invadían ya el lugar, cuando Deggan y

Kate avistaron la pesada silueta de Hanlon House.

Aunque hubiera estado situada en mejor posición, en un lugar menos tétrico, Deggan se lo hubiera pensado muy bien antes de comprar o residir en Hanlon House. Era un edificio sin gracia, casi cúbico, a no ser por el tejado de pizarra, en el que sobresalían unas cuantas chimeneas o buhardillas, de gruesos muros de piedra, verdes ya muchos sitios por el musgo y con ventanas cuadradas, sin la menor gracia arquitectónica. El primitivo dueño había de haber sido un chiflado, pensó; pudiendo gastarse el dinero en otra parte, había ido a tirarlo allí, en aquel paisaje tan poco agradable y a tan corta distancia de los mefíticos pantanos.

Pero aquellas consideraciones estaban fuera de lugar en aquellos momentos. Tenía asida de la mano a Kate y remolcó a la muchacha, en busca de un lugar adecuado para la aproximación a la casa.

Delante de Hanlon House, había una gran explanada de forma semicircular, bordeada de árboles. Deggan y Kate rodearon la explanada, caminando ocultos entre el boscaje, hasta situarse frente a la parte posterior.

Entonces divisaron algo que hasta aquellos instantes había permanecido fuera de su visión.

—¿Qué es eso? —exclamó la muchacha.

—Parece un invernadero, Kate.

—¿Tan grande? ¡Si es gigantesco!

—Gigantesco o no, será mejor que bajes el tono de tu voz —la reprendió Deggan.

—Lo siento —se disculpó ella, humildemente—. ¿Por dónde vamos a entrar en la casa? —preguntó a continuación.

Durante unos segundos. Deggan estudió el invernadero, cuyas dimensiones, por descontado, eran fuera de lo corriente, al menos en lo que a altura se refería. La estructura de armazón de hierro y cristales medía al menos doce metros de altura, por unos treinta de ancho y cuarenta o cincuenta de largo.

En el interior había encendidas algunas lámparas de poca potencia. Sin embargo, era imposible ver lo que había al otro lado de los vidrios, debido a que eran translúcidos. Deggan se extrañó del detalle, no común en los invernaderos, aunque pensó que aquel vidrio que no era totalmente transparente tenía como misión impedir el paso de miradas indiscretas. Probablemente, los del

techo, inclinado a dos aguas, sí serían transparentes, dado que nadie iba a mirar desde lo alto.

—Vamos a ver el invernadero en primer lugar —decidió él finalmente—. Como puedes apreciar, está adosado a la fachada posterior de la casa. Es probable que haya comunicación directa con ésta desde el interior del invernadero.

—Sí, tienes razón. Oye —exclamó Kate de repente—, ya sé cuál es el objeto de este invernadero.

—¿Sí?

—El señor Corcoran tenía otro en su casa, por supuesto, infinitamente más pequeño. Allí hacía las pruebas de sus investigaciones con las semillas… Tal vez aquí haya hecho lo mismo, aunque a escala mucho mayor.

—Es muy probable —admitió Deggan, sin dejar de andar.

Momentos después alcanzaban la parte posterior del colosal invernadero. Las luces eran muy escasas y de poca potencia, aunque habituados sus ojos a la oscuridad, podían distinguir algunas siluetas a través de los vidrios translúcidos, pero no formas con contornos bien definidos.

Deggan tanteó las paredes de vidrio, en busca de una puerta. Al cabo de un buen rato encontró un picaporte.

Apretó la mano para hacerlo girar, temeroso de una alarma, pero no sucedió nada de lo que temía. La puerta giró en silencio y una vaharada de aire cálido, de olor dulzón y repugnante al mismo tiempo, les dio de lleno en las caras.

Deggan y Kate, sin embargo, procuraron sobreponerse. Avanzaron un par de pasos y entonces se encontraron delante de un increíble espectáculo.

La mandíbula inferior de Deggan se aflojó por completo. Los ojos de Kate estaban abiertos como platos.

—Increíble… —musitó él, mientras contemplaba aquellas formas vegetales que más parecían salidas de la mente delirante de algún artista loco que real producto de la naturaleza.

Había hongos colosales de más de siete metros de altura, con la sombrilla de diez o doce metros de anchura: espigas de trigo como árboles, con granos del tamaño de peras y tallos gruesos como el puño; rosas tan grandes como la cabeza de un león… y también…

Ninguno de los dos, absortos en la contemplación de aquel

increíble espectáculo, se dio cuenta de que el olor dulzón se acentuaba repentinamente. La hierba, que debería haber sido césped corriente en un jardín, crecía en un trozo no lejano a la puerta, con tallos de cuatro y cinco metros de altura y de un palmo de anchura. Deggan pensó que aquello que estaban contemplando era una demostración práctica de las teorías de su amigo sobre el crecimiento acelerado de semillas y vegetales.

Pero entre la alta hierba, sin hacer el menor ruido, una serpiente de cuerpo cilíndrico y brillante color violeta oscuro, casi negro, se arrastraba hacia ellos.

De súbito, se oyó un distante alarido.

Deggan y Kate volvieron la cabeza en el acto hacia la casa.

Era un grito de terror, salido de la garganta de una persona asustada por algo que no podían ver desde donde estaban. El grito se repitió otra vez y luego volvió el silencio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kate, muy asustada. Deggan no contestó, no sabía qué decir.

Y, mientras tanto, la serpiente continuaba su silenciosa reptación a través de las hierbas gigantescas.

* * *

Myers se había quitado la chaqueta en su habitación, y permanecía en mangas de chaleco, mientras, sentado en una butaca, hacia algunas anotaciones en una libreta. Por supuesto, las anotaciones eran hechas en una cifra que sólo él conocía. Demasiado sabía Myers que sus negocios bordeaban la legalidad, cuando no resultaban francamente ilícitos en muchos casos, y no sentía el menor interés por una investigación de la policía en sus libros.

En aquella libreta lo tenía todo, al detalle. Podría sufrir trastornos, caso de perderla, pero nadie podría desentrañar su contenido. Ni siquiera sus más íntimos allegados se apoderarían de sus secretos, en el mejor de los casos para ellos. La clave estaba solamente en su cerebro.

Una de las anotaciones se refería a Wrenley. La deuda era de diez mil libras esterlinas. El plazo de cancelación era un año, con un

interés del veinticinco por ciento. Myers no prestaba a interés más bajo. Y. en ocasiones, el interés era aún más alto. Pero el año de plazo había transcurrido largamente y, Wrenley, no sólo no había abonado los intereses, sino que ni siquiera daba muestras de cancelar la deuda.

Bien, no le importaba. Tenía medios para convencer a los deudores recalcitrantes. Si Wrenley no pagaba… Abstraído en sus pensamientos, Myers no se dio cuenta de que la puerta se abría silenciosamente. Pasados unos segundos, alzó la cabeza al notar la presencia de otra persona en la estancia.

—Ah, eres tú, Gordie —sonrió—. ¿Vienes a pagar?

Wrenley le miró con expresión impenetrable. Myers se dio cuenta de que el otro tenía las manos a la espalda. Una vaga sensación de alarma se infiltró en su ánimo.

—¿Por qué no contestas, Gordie? —exclamó, a la vez que empezaba a ponerse en pie. Algo le golpeó súbitamente en la cara con fuerza indescriptible. Myers lanzó un aullido horroroso. Aquella enorme garra velluda que había surgido de pronto ante sus ojos, se le había llevado media cara de un solo zarpazo.

Ciego de dolor y de pánico, se tambaleó. La garra golpeó de nuevo.

Esta vez, las uñas afiladas rasgaron profundamente la piel del cuello y llegaron a la yugular. Myers dejó de gritar, para emitir unos gorgoteos inhumanos, mientras se tambaleaba locamente. De pronto, cayó al suelo, pataleando de un modo convulsivo.

Wrenley le miró con frialdad. Estuvo así inmóvil hasta que vio que cesaban los movimientos de su víctima.

Luego se acercó a la puerta y llamó:

—¡Will! ¡Mark!

Los dos esbirros subieron a los pocos instantes. Patterson lanzó una interjección al ver el horrible espectáculo que ofrecía el huésped.

Wrenley se había despojado de la garra artificial que le había servido de arma homicida. Se arrodilló junto al caído y le registró cuidadosamente. Momentos después, se puso en pie, con un fajo de billetes en las manos.

—Hay que limpiar esta habitación —dijo, sonriente—. El buen Donald vino abundantemente provisto de efectivo. No sé por qué —

añadió—, si esperaba cobrar la deuda.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Patterson, ya rehecho de la sorpresa inicial.

—Destruiremos por el fuego todos sus documentos personales. Luego lo llevaréis a la entrada de Nottyburn.

Higgins respingó.

—¡Diablos, jefe! Esto me parece un poco fuerte… —objetó.

—¿Por qué? —Sonrió Wrenley—. A los ingenuos habitantes de la aldea les parecerá enteramente natural, que ese pobre hombre haya sido atacado por los monstruos que corren sueltos por el pantano.

CAPÍTULO VIII

Los gritos no se repitieron. Kate, sin embargo, sentíase muy aprensiva.

—Tenemos que irnos, Shatto —dijo.

Deggan asintió. No había visto todo lo que deseaba, pero creía que tenía suficiente, al menos por el momento.

Una entrevista personal con Wrenley, pensó, le aclararía muchas cosas. Y si Wrenley se negaba a colaborar, la policía podría…

De pronto, Kate lanzó un pequeño grito.

—¡Shatto!

Deggan volvió la cabeza. Kate, erguida, rígida como una estatua, le miraba con ojos desorbitados.

—Algo me ha cogido por el tobillo —dijo la muchacha—. No me atrevo a mirar.

Deggan bajó la vista. El tobillo izquierdo de Kate estaba ceñido por una especie de serpiente de color oscuro y brillante, de unos tres centímetros de diámetro. La serpiente engrosaba gradualmente a medida que se alejaba entre las altas hierbas, perdiéndose en su espesura.

Otra serpiente reptaba silenciosamente hacia la muchacha. Deggan presintió que no se trataba de un ser viviente del reino animal. En el bolsillo tenía un cortaplumas y lo sacó rápidamente.

La serpiente quedó cortada en un par de golpes. Luego, Deggan agarró a la chica por la cintura y la apartó a unos pasos de distancia.

La segunda serpiente se detuvo, como si presintiera que no podía seguir adelante. La otra se replegó velozmente, después de cortada a unos cincuenta centímetros de su extremo.

El trozo cortado seguía aún enrollado en el tobillo de Kate. Deggan se inclinó y lo soltó. En el corte causado por la navaja, se veía exudar un líquido espeso, de consistencia siruposa y olor

dulzón y ácido a un tiempo.

Deggan contempló unos instantes aquella cosa cilíndrica. Luego, de pronto, se sintió acometido por una repentina inspiración.

—Ven, Kate.

La chica le siguió. Pasaron por debajo de unos cuantos hongos, grandes como pinos mediterráneos y, describiendo un gran círculo, salieron a un sitio relativamente libre.

Kate lanzó un grito al ver aquella flor colosal, de pétalos muy gruesos, casi carnosos y de color rosáceo en los bordes. Hacia el interior, el color se acentuaba hasta llegar al rojo sangre.

La flor no media menos de diez metros de diámetro y estaba sostenida por un tallo duro y coriáceo, de un metro de grosor. El centro de su corola, en la que se veía agitarse levemente un líquido muy espeso y transparente, surgían cinco o seis tallos largos, de color violeta oscuro y casi diez centímetros de grosor en la base.

—Una flor carnívora —adivinó Deggan. Kate sintió un escalofrío.

—Podría devorar a una persona —murmuró.

—Le costaría tal vez un poco de tiempo…, pero no me agradaría ser la comida de esa planta monstruosa.

La mano de Kate se crispó en el brazo izquierdo del joven.

—Shatto, vámonos —dijo—. Este olor tan horrible me marea… Siento náuseas…

Deggan asintió. Sustrayéndose a la morbosa fascinación que le producía la flor gigante, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta del invernadero.

El aire exterior era frío, húmedo y traía algunos efluvios de los pantanos. A Deggan y Kate, sin embargo, les pareció que respiraban una atmósfera purísima.

* * *

Por la mañana, muy temprano, fueron despertados por un escándalo más que regular, que se producía en la calle principal de Nottyburn.

—El monstruo, el monstruo… —se oían voces por todas partes.

Deggan saltó de la cama. Corrió hacia la ventana y miró a las

calles. La gente iba y venía desconcertadamente. A Deggan le parecieron las hormigas de un hormiguero destruido por la pisada de algún animal, tratando desesperadamente de reparar los destrozos.

Algo sucedía, se dijo. Vistióse rápidamente y corrió hacia la puerta del dormitorio. Cuando salía, vio a Kate asomada a la puerta del suyo, todavía en bata.

—¿Qué ocurre, Shatto? ¿Qué es ese escándalo?

—No lo sé. Voy a informarme —contestó él—. Sigue ahí. Volveré lo antes que pueda.

Deggan corrió a la calle. Una mujer caminaba con la vista extraviada y la detuvo para enterarse de lo que sucedía.

—El monstruo, el monstruo… —contestó ella con voz átona, sin mirarle siquiera. Deggan vaciló un instante. Luego echó a correr hacia la salida de la aldea, que era donde se veía el mayor número de personas.

En pocos momentos, alcanzó el grupo de gente. Oyó comentarios coléricos, excitados, todos ellos referentes al monstruo, pero no hizo el menor caso.

A viva fuerza se abrió paso entre los curiosos. Un cuerpo humano yacía en el suelo, con la cara horriblemente destrozada y el cuello abierto de un solo zarpazo.

A pesar de las heridas, Deggan reconoció a Myers. No cabía la menor duda, había muerto, atacado por aquella cosa en que se había convertido su amigo.

Al menos, las apariencias así lo indicaban. Pero Deggan no estaba muy convencido de que fuese la verdad de lo ocurrido.

—¿Han avisado a la policía? —preguntó de pronto.

Nadie contestó. Sólo uno dijo:

—Lo que tendríamos que hacer es reunirnos todos y dar una batida por los pantanos para exterminar a ese monstruo que nos hace la vida imposible.

Deggan no contestó. Estaba muy ocupado, registrando los bolsillos de la ropa del muerto, en los que, cosa extraña, no encontró el menor objeto personal.

—Qué extraño —murmuró. De súbito, pensó en algo y se puso en pie—. ¿Quién ha encontrado este cadáver?

—Yo, señor —un hombre se adelantó quitándose cortésmente su

gorra de cuadros—. Me llamo Leyton Brook. Salí esta mañana muy temprano, casi era de noche todavía; iba a cortar leña de un pequeño bosque de mi propiedad, y entonces divisé el cuerpo atravesado en la carretera.

—De modo que el cadáver estaba ya aquí al amanecer.

—Sí, señor; podría jurarlo donde sea —contestó Brook—. Y no lo toqué para nada, créame. Había muy poca luz todavía, pero la de los faros de mi coche iluminaban lo suficiente para ver las espantosas heridas que ha recibido ese hombre.

—Debió de morir desangrado —dijo otro de los presentes—. Ese zarpazo le cortó la yugular…

—Por supuesto, y se puede apreciar sin necesidad de ser médico —contestó Deggan—. Pero, si murió desangrado, ¿cómo es que no se ve una sola mancha de sangre en la carretera?

Hubo un momento de silencio. Luego, Brook dijo:

—Tal vez el monstruo lo trajo aquí…

—¿Para qué lo viéramos? ¿No le habría resultado mejor lanzarlo a alguna de las ciénagas, donde se habría hundido para siempre y nadie hubiera sabido de él jamás? Y si el monstruo, como parece lógico, está hambriento, ¿por qué no devoró a su presa? ¿No se comió las truchas de Witterby?

—¡Por Dios, señor! —exclamó uno de los presentes—. Ese monstruo no puede ser antropófago…

—Si es un monstruo, pudo haber devorado a su víctima, puesto que la palabra antropófago se aplica solamente a los seres humanos que se alimentan con la carne de nuestros semejantes. El monstruo no es nuestro semejante, no es un ser humano; por tanto, puede perfectamente comer carne humana. Pero no lo ha hecho; simplemente, se ha limitado a matar al señor Myers. Algunos de los presentes lo conocieron ayer en la posada, me parece.

—Sí, es cierto; yo estaba cuando él llegó —convino otro curioso —. Y se portó muy bien, invitó a un trago a todo el mundo.

Deggan volvió a señalar el cadáver.

—Pero si el monstruo es un animal, carente por tanto de raciocinio inteligente, ¿por qué traer el cadáver de su víctima al centro de la carretera, a la entrada del pueblo?

Nadie dijo una sola palabra. Deggan paseó la mirada a su alrededor.

—Alguien tendrá que encargarse de avisar a la policía y a un médico para que examine el cadáver —añadió—. Creo que no hay médico en Nottyburn.

—El más próximo está en Denbigh, a dieciséis kilómetros de distancia —manifestó Brook—. Será necesario llamarlo por teléfono.

Deggan asintió. Luego dio media vuelta y regresó a la posada. Kate le esperaba en el comedor.

—He oído algo acerca de lo ocurrido —dijo al reunirse con el joven.

—Myers ha muerto, pero yo no creo que haya sido Barry, a pesar de que todas las pruebas están en su contra —contestó él—. No se comprende entonces por qué trajo el cadáver a la carretera, donde pudiera verlo todo el mundo.

—Shatto, ¿qué sabemos nosotros lo que sucede en la mente del señor Corcoran? —dijo Kate llena de pesadumbre—. Quizá esa transformación que ha sufrido provoca períodos de amnesia en su cerebro, durante los cuales no sabe lo que hace… Puede que entonces, a su pesar, se convierta en una fiera…

—Sí, pero ¿por qué atacar a Myers precisamente? Si lo hizo en estado salvaje, ¿por qué despojarle de todos sus objetos personales incluidos los anillos de las manos? ¿Para qué quiere una bestia media docena de sortijas, un reloj de oro, un mechero y una billetera con dinero?

Kate se quedó momentáneamente desconcertada.

—¿Has desayunado ya? —preguntó Deggan.

—No. Aguardaba tu vuelta…

—Entonces, vamos a comer algo. Puede que tu estómago se rebele, pero haz un esfuerzo; lo necesitas. En cuanto terminemos de desayunar, nos iremos al pantano.

—¿Para qué, Shatto? —Se asombró ella.

—Muy sencillo; quiero hablar con Barry. Y también con Nora, por supuesto.

* * *

Deggan no quería perderse en un lugar que desconocía por

completo. Para evitarlo, había recurrido al procedimiento muy antiguo, aunque no por ello menos eficaz.

En la tienda de Barns había comprado una docena de ovillos de cordel fino, cada uno de los cuales tenía cien metros de hilo. Deggan, sin embargo, confiaba en no consumirlos todos.

A unos veinte pasos del camino y quinientos metros de la casa, ató uno de los extremos del primer ovillo. Luego, a medida que caminaba, el ovillo se desenrollaba, si bien Deggan lo sujetaba en algunas ramas o en el tronco de los árboles, a fin de que quedase a la altura de las caderas, en lugar siempre visible.

Kate le seguía, portadora de la bolsa que contenía los ovillos de cordel. Era una buena idea, había aprobado, apenas se la comunicó el joven.

El primer ovillo se consumió en balde.

Deggan se detuvo para anudar el extremo inicial del segundo ovillo con el final del primero.

—Tengo que hacerte algunas preguntas, Kate —dijo de pronto.

—Por supuesto —contestó ella.

—Nos tuteamos, debido a la fuerza de las circunstancias, pero ambos sabemos muy poco el uno del otro.

—Eso es cierto —convino Kate—. ¿A qué te dedicas en tus horas libres de devaneos?

Deggan rió suavemente al recordar la primera vez que se habían visto, cuando Kate llegó y él estaba agradablemente acompañado.

—Mis horas libres de devaneos, como tú dices, están dedicadas a ejercer mi profesión de abogado y a escribir —contestó.

—Oh, no sabía que fueras escritor —exclamó Kate.

—No temas, no voy a parir mentalmente un libro digno del Nobel. Lo que escribo es una recopilación de leyes y sentencias judiciales, debidamente comentadas, para uso de futuros abogados en sus estudios en Oxford.

—Vaya, sí que es interesante.

—Nada de eso, resultará un mamotreto impresionante, pero me pagan por escribirlo. Una subvención, ¿comprendes? Aparte de ello, me dedico a los pleitos que puedan surgir mientras tanto…

—Y a recibir a las rubias despampanantes que tienen alguna duda legal que consultarte.

Deggan suspiró.

—El espíritu es fuerte, más la carne es flaca —contestó.

—Hipócrita.

El joven se echó a reír.

—Continuemos —dijo—. Eres soltera —añadió.

—Sí.

—Con el corazón libre, sospecho.

—Hasta ahora, Shatto.

—Algún día lo tendrás comprometido.

—Quizá. Pero no tengo prisa. Y yo, a mi vez, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—Tu nombre… es un poco raro, ¿no te parece?

—Tienes razón. No es el mío, sino un apodo familiar. Si me prometes no divulgarlo, te diré mi nombre auténtico. Mejor dicho, mis varios nombres.

—Seré callada como una tumba, Shatto —aseguró Kate.

—Está bien. Prepárate. Me llamo Philemon Alistarcus Austregisilius.

—Embustero.

Deggan levantó la mano derecha.

—Mi padre era un humorista —dijo—. Yo no comparto su particular sentido del humor, al menos en este aspecto. Pero esos nombres son…

—¡Shatto!

El joven se interrumpió repentinamente. La voz que acababa de sonar a quince o veinte pasos de distancia le resultó conocida.

—¡Barry! —llamó.

—Estamos aquí —respondió Corcoran—. Por favor, no se acerquen, no nos miren…

—Hemos venido a hablar con vosotros —dijo Deggan—. Ya conocemos el aspecto que tenéis en la actualidad, de modo que lo mejor será que dialoguemos con relativa comodidad.

CAPÍTULO IX

Corcoran y Nora surgieron de los arbustos, unidos estrechamente. Ella se tambaleaba, moviéndose con paso inseguro. Corcoran hacía esfuerzos por sostenerla, pero sus brazos, debido precisamente al inusitado grosor adquirido, no podían abarcar por completo la velluda cintura de la joven transformada en un monstruo de horripilante aspecto.

—¿Tenéis hambre? —preguntó Deggan.

—Ahora no. Hemos comido… pero pronto se nos acabarán los víveres —respondió Corcoran.

—Os traeremos más comida, Barry. Nora, usted fue a casa de Wrenley. Yo le di un aparato de alarma.

—Me quitaron el bolso apenas entré. Wrenley me amenazó con una pistola. No tuve otro remedio que hacer lo que él me ordenaba —explicó la interpelada.

—Está bien. ¿Cómo ocurrió la transformación?

—No lo sé —Nora lanzó un gemido—. Wrenley me hizo tenderme en algo parecido a una mesa de operaciones y me narcotizó. Cuando desperté, a la mañana siguiente, estaba ya convertida en el monstruo que ahora soy.

Deggan frunció el ceño.

—Barry, ¿es posible una transformación corporal tan rápida? —consultó.

—No lo sé —dijo Corcoran—. A mí también me pasó algo parecido. Cuando desperté, Wrenley me echó de su casa a latigazos nada metafóricos.

—Pero tienes una fuerza terrible. Sé que doblaste una escopeta…

—Eso fue sólo en los primeros momentos. Supongo que tal vez fue la acción de la droga narcótica. A los pocos días, perdí esas fuerzas colosales.

—¿Por qué te transformó Wrenley?

—Yo no quería colaborar con él. Además, me había enamorado de Nora. Wrenley me hizo venir para, aparentemente, trabajar a su lado. Estaba muy interesado en mis investigaciones sobre el crecimiento acelerado de las plantas. Antiguamente, fuimos condiscípulos y él conocía algunos de los artículos que yo había publicado sobre el tema en revistas de la especialidad. Es un hombre de mente privilegiada, pero, al mismo tiempo, ambicioso y sin escrúpulos. Si accedí a venir a Nottyburn fue por desanimarle de una vez. Trabajé un poco a su lado, pero me negué rotundamente a asociarme con él de una manera más profunda. Mientras, conocí a Nora…

—Entiendo —dijo Deggan.

—Wrenley me pretendió casi desde el primer día de su llegada —intervino la señora McDee—. A mí nunca me gustó y se lo dije claramente, pero él no cedía. Luego vino Barry y se percató de que nos habíamos enamorado. Cuando me transformó, lo dijo claramente: con mi cuerpo, yo podría vivir junto a Barry.

—Sí, pero, no entiendo… ¿Por qué os mandó a los pantanos?

—Wrenley es un hombre cruel. Sabe que no podemos mostrarnos así, tal como somos ahora, a las gentes de Nottyburn. Los aldeanos nos matarían, nos despedazarían…

La voz de Nora se quebró súbitamente en un sollozo. Kate sintió una viva compasión por aquella infeliz mujer que había creído encontrar el amor y ahora era un monstruo de repugnante apariencia.

—Barry —dijo Deggan—, un tal Myers ha muerto. Tiene en la cara y en el cuello huellas de unas garras como las tuyas. ¿Lo has matado tú?

—¿Ha muerto Myers? —exclamó Corcoran.

—Lo conocías, ¿eh?

—Sí. Vino hace cinco a seis semanas, casi recién llegado yo a Hanlon House. Discutió mucho con Wrenley. Cuestión de dinero, eso es todo lo que puedo decirte. ¡Pero yo no lo he matado, te lo juro!

—Creo en tu palabra. Barry —dijo Deggan sosegadamente—. Además, fue una muerte estúpidamente planeada, aunque no niego que pueda haber resultado conveniente para sus proyectos. Lo

difícil será arrancar de la mente de los aldeanos la idea de que eres tú el que destrozó la yugular de Myers.

—Pero yo no…

—Cálmate, Barry —dijo Deggan, a la vez que se disponía a poner una mano en el velludo hombro de su amigo.

Pero Corcoran dio un salto atrás.

—¡No me toques! —gritó con voz crispada.

—Lo siento, no quise molestarte —se disculpó el joven—. Barry, quiero que sepas una cosa: Kate y yo haremos todos los posibles por ayudaros.

—¿Qué ayuda podemos recibir si siempre seremos como somos ahora? —se lamentó Nora.

—Y no podremos tener hijos —añadió Corcoran. Deggan apretó los labios.

El sentido de aquella frase era claramente definitorio.

»¿Qué monstruos podrían nacer de la unión de aquellos dos seres desgraciados?», se preguntó.

—A la tarde os traeremos comida —prometió.

Corcoran ya no dijo nada. Tiró de Nora y la arrastró hacia el bosque pantanoso. Sin embargo. Nora dirigió una mirada implorante a los dos jóvenes.

—Ayúdennos, por favor —imploró—. Tenemos hambre, un calor espantoso…

Deggan hizo una señal afirmativa. Momentos después, los dos monstruos se habían perdido en la espesura.

—Volvamos, Kate.

La chica se sentía muy impresionada. Lloraba.

—Oh, Shatto, me gustaría hacer tanto por esos dos desdichados…

Deggan rodeó sus hombros con un brazo.

—Algo haremos, te lo aseguro —contestó—. Pero… tendré que ausentarme de Nottyburn por un par de días.

—¿Adónde piensas ir? —preguntó ella.

—A Londres. Me iré esta misma noche, después de haberles llevado comida. Tú te quedarás aquí, vigilando discretamente todo lo que sucede en la aldea, pero sin intervenir para nada en los acontecimientos, suceda lo que suceda. ¿Está claro?

—Sí, Shatto, lo que tú digas.

De pronto, al observar en pleno día y con más detenimiento a los dos monstruos, Deggan había creído ver algo extraño en su apariencia, que le había hecho concebir ciertas sospechas.

Sin embargo, y para no defraudar a Kate, prefirió callar.

Guardaría silencio hasta que pudiera confirmar sus sospechas… o adquirir la terrible certidumbre de una transformación definitiva de Corcoran y de Nora McDee.

* * *

—Su amigo se ha marchado —dijo Crumm.

—No es mi amigo —contestó Kate.

—Vaya, quién lo diría —respondió el nuevo posadero.

—Se está preocupando de cosas que no le importan —dijo ella secamente.

—Sí, sí, pero, a veces, los he visto tan acaramelados…

Kate fue a decir algo, pero se contuvo. Deggan le había mencionado sus recelos sobre Crumm y el documento de propiedad de la posada que éste había mostrado con harta precipitación, como si quisiera convencerles de que era el legítimo dueño del negocio.

—Bueno, él es joven y yo también y no soy mal parecida, ¿verdad? —contestó, simulando una coquetería que estaba muy lejos de sentir.

—¿Adónde se ha marchado Deggan?

—Querrá decir el señor Deggan.

—La ha dejado a usted en Nottyburn. Para espiar, sin duda.

—¿Tiene usted miedo de la ley?

Crumm entornó los ojos. «¿Será un policía femenino?», se preguntó. Quizá era solamente la ayudante de Deggan, un investigador privado. «El jefe tiene que saberlo», pensó.

Al cabo de unos momentos, Kate subió a su habitación. Crumm empezaba a ponerse nervioso.

Había teléfono en Hanlon House, pero prefería no usarlo. La telefonista de Nottyburn era una chismosa. Podía permitírsele oír conversaciones intrascendentes, pero no las de cierta importancia.

Sin embargo, había un medio de llamar la atención de su jefe. Descolgó el teléfono y pidió línea con Hanlon House.

—El señor Wrenley está trabajando —contestó Patterson, procurando dar a su voz un tono impersonal.

—Soy Crumm. Hay en la posada un caballero que tiene un mensaje urgente para el señor Wrenley. ¿No podría usted venir a recogerlo? ¡Por favor! —añadió Crumm de modo que Patterson comprendiera el interés de su llamada.

—Muy bien, ahora mismo se lo diré al señor Wrenley. No se retire, se lo ruego.

—Está bien, esperaré.

Un minuto después, Patterson volvía al teléfono:

—Estaré ahí dentro de quince minutos, señor Crumm.

—Gracias, señor Patterson.

Por orden de Wrenley, se trataban ceremoniosamente en público o cuando sospechaban que alguien podía escucharles. Crumm, después de la respuesta de Patterson, se sintió mucho más aliviado.

Patterson se presentó en la taberna en el tiempo señalado. Había algunos clientes y se acomodó en el mostrador con aire intrascendente.

Crumm le sirvió una jarra de cerveza. En cuanto tuvo ocasión, murmuró:

—La chica es una espía.

Patterson arqueó las cejas.

—Deggan es un detective. Ella es su ayudante —agregó Crumm con un bisbiseo apenas audible—. Deggan ha ido fuera, no sé adónde, y ella se ha quedado aquí para espiar lo que pasa.

—Está bien. Se lo diré al jefe ahora mismo.

Wrenley escuchó las noticias con el semblante contraído. Reflexionó en silencio unos minutos y luego tomó una decisión:

—A la noche iremos a buscar a esa entrometida. Aquí la haremos *cantar* —dijo. Patterson asintió.

—Sí, señor.

Cuando la aldea dormía, un coche de detuvo en la trasera de la posada. Crumm, previamente advertido, aguardaba ya.

Tres hombres se apearon del vehículo. Crumm, con una linterna en la mano, los precedió hasta el piso superior y señaló la puerta del dormitorio de la joven.

Wrenley asintió. Abrió en silencio e hizo que Crumm enfocase el haz de rayos de su linterna hacia la cama ocupada por Kate.

La chica dormía profundamente. De puntillas, Wrenley se acercó a la cama y disparó un par de chorros de gas al rostro de Kate.

Se oyó un leve gemido. Kate se agitó levemente, pero acabó por quedarse quieta a los pocos instantes.

—Carguen con ella —ordenó Wrenley a continuación.

Patterson e Higgins envolvieron a la muchacha en una manta. Luego, sin hacer ruido, salieron del dormitorio.

Wrenley dio una palmada en el hombro de Crumm.

—Buen trabajo —elogió.

Crumm contestó como con un gruñido de agradecimiento. «Como un perro fiel», pensó Wrenley, riendo para sus adentros.

* * *

Deggan llegó a Nottyburn y se detuvo frente a la posada. Se apeó del coche, entró en la taberna y vio a Crumm apoyado en el mostrador, leyendo un diario con aire de aburrimiento.

—Hola —dijo.

Crumm separó la vista del diario.

—Hola —contestó—. ¿Ya de vuelta?

Deggan receló en el acto de aquella pregunta.

—No dije que no fuese a volver —manifestó.

—Bueno, me pareció que su ausencia no durada mucho. ¿Quiere algo de beber, señor Deggan?

El joven se acercó al mostrador.

—Cerveza —pidió. Crumm lleno una jarra.

—Servido —indicó, al ponerla delante de su cliente.

Deggan tomó un sorbo. Luego, de súbito, disparó una pregunta:

—Crumm, ¿cuánto le paga Wrenley por ocupar el puesto de Nora McDee?

El sujeto respingó.

—Oiga, la posada es mía…

—Ya, ya —cortó Deggan con soma—. Un día de éstos haré examinar el contrato de compraventa por los peritos calígrafos. Resultará muy interesante comparar la firma de Nora en ese documento con la que ha estampado en otros anteriores.

Crumm se puso pálido. Deggan soltó una risita.

—Muy bien, ya hablaremos de este asunto en otro momento —añadió—. ¿Está en su cuarto la señorita North?

—Ha salido de paseo —respondió Crumm hoscamente. Deggan fue a decir algo, pero no tuvo tiempo.

Un coche se había parado frente a la posada. Dos sujetos se apearon del vehículo y entraron en la taberna.

—Hola —dijo Mike McAdam.

Crumm empezó a fregar el mostrador con un paño.

—Caballeros, ¿en qué puedo servirles? —preguntó untuosamente. Rafe O'Pyle se apoyó en la barra.

—Mike, a este tipo lo conozco yo —manifestó.

—¿A mí? —Se sorprendió Deggan.

—No, hombre. Me refería al tabernero. ¿Desde cuándo te dedicas a la vida honrada, Neal Crumm?

Deggan estudió el rostro de Crumm. Si antes estaba pálido, ahora se había vuelto lívido.

—No nos interesas tú, sino Wrenley —añadió O'Pyle—. Está en Hanlon House, creo.

Crumm tragó saliva dificultosamente.

—Sí…, allí está…

—Indícanos el camino, por favor —pidió McAdam con fingida cortesía.

Crumm obedeció. McAdam hizo una señal a su acompañante con la cabeza, cuando Crumm hubo terminado de hablar.

—Vámonos, Rafe.

Los dos hombres salieron de la posada. Crumm pensó en la forma mejor de avisar a Wrenley sin que la telefonista de Nottyburn concibiera sospechas.

En cuanto a Deggan, había visto claramente que se trataba de dos hampones peligrosos. Pero ahora los problemas de Wrenley le importaban menos que ayudar a Corcoran y a la señora McDee.

En cuanto a Kate, la vería a su vuelta del pantano.

CAPÍTULO X

Avanzaba paso a paso, llamando de cuando en cuando a Corcoran y a Nora. El silencio era absoluto, roto de cuando en cuando por el grito estridente de algún pájaro.

Algo siseó entre las hierbas. Deggan dio un salto atrás. La serpiente, de más de metro y medio, pasó casi rozando sus pies y se perdió entre la espesura.

Deggan sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

—Maldito país —rezongó entre dientes—. Yo no viviría aquí ni por todo el oro del mundo.

Avanzó unos pasos más. El cordel, puesto dos días antes, continuaba marcando el camino.

—¡Barry! ¡Nora! —llamó.

De repente, se oyó crujir de ramajes en las inmediaciones.

—Señor Deggan —sonó una voz femenina.

—¡Nora!

El monstruo se hizo visible.

—¿Dónde está Barry? —preguntó Deggan.

—Allí… —la horrible garra señaló un punto indeterminado—. Está construyendo una choza…

—Para protegerse de las inclemencias del tiempo.

—Sí.

—Es curioso. Yo diría que no deben de sentir frío, Nora.

—Es cierto —admitió ella—. ¿Cómo lo sabe usted?

Deggan sonrió.

—Acérquese un poco más, por favor —solicitó. Nora se mostró reticente.

—¿No… no le doy miedo? —preguntó.

Deggan soltó una risita.

—Claro que no, mujer. Vamos, venga.

Nora obedeció. De pronto, vio que el tubo que había aparecido

en la mano de Deggan soltaba un chorro de gas.

—¿Qué está haciendo? —gritó.

Deggan repitió la operación. Nora se tambaleó y cayó al suelo.

—Bueno, creo que lo he conseguido —suspiró el joven.

Llevaba una bolsa pendiente del hombro izquierdo. Se arrodilló, sacó de su interior un cuchillo muy afilado y empezó a cortar la piel velluda de Nora.

Era una epidermis muy espesa, con grandes abultamientos, como granos o forúnculos de enormes dimensiones, pero todo el conjunto estaba recubierto de pelos largos y ásperos, como cerdas de animal salvaje.

De pronto, oyó un grito en las inmediaciones:

—¡Quieto!

Deggan interrumpió su tarca. Una masa oscura se arrojó sobre él y lo lanzó a un lado.

—¡Barry!

—Quieres matar a Nora —exclamó el otro monstruo—. No lo consentiré, ¿me oyes?

Deggan hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Nora está desmayada solamente —explicó—. Lo hice así porque me pareció más conveniente.

—Para que muriese sin sufrir, ¿verdad?

—No seas estúpido —masculló Deggan—. ¿Es que no lo has comprendido todavía?

Corcoran pareció sentirse desconcertado.

—¿Qué es lo que tratas de decirme? —preguntó.

—La verdad, solamente la verdad, Barry.

—No entiendo…

—Dime, ¿cómo ves las cosas?

—Borrosas, desenfocadas…, pero esto me parece lógico, después de la transformación que he sufrido. La retina y el cristalino han tenido que padecer, por supuesto.

—Sí, parece lógico. Pero, en tus experimentos, ¿figuraba para algo la transformación de los seres vivos?

—No, aunque hemos de tener en cuenta la inteligencia de Wrenley.

—Y también su peculiar sentido del humor —dijo Deggan—. Sin olvidar, naturalmente, su crueldad.

—¿Por qué no te explicas de una vez, Shatto? —pidió Corcoran.

—Aguarda un momento y lo verás. Ah, quiero saber una cosa, Barry. ¿No has intentado nunca vengarte de Wrenley?

—Lo he intentado. Un par de veces fui a Hanlon House, pero sus secuaces me recibieron a tiros. No disparaban a dar, pero dijeron que lo harían si me acercaba más a la casa. Incluso una vez, desesperado, les pedí que me matasen, pero ellos se burlaron de mí. Y también Wrenley: entonces comprendí que prefería que yo siguiese viviendo con este horrible aspecto… Shatto, ¿por qué el ser humano se aferra tanto a la vida, aun en las más espantosas condiciones?

—Eso es una cosa completamente lógica —respondió Deggan—. A nadie le gusta morir, Barry.

—Pero, yo… ¿Qué le has hecho a Nora? —exclamó Corcoran de repente.

—Sólo está dormida y no por mucho tiempo. Barry, quieto, déjame ayudarte. Los redondos ojos de Corcoran miraron a su amigo.

—¿Qué es lo que pretendes hacer? —inquirió. Deggan conservaba todavía el cuchillo en la mano.

—Ten calma unos momentos, te lo ruego —pidió—. Y no te muevas en absoluto. Quieto, completamente inmóvil…

Se acercó más a Corcoran.

—Cierra los ojos y no los abras hasta que yo te lo ordene. ¿Entendido? —añadió.

—Sí, Shatto.

Deggan se llenó los pulmones de aire. De pronto, acercó la punta del cuchillo a uno de los bordes de los ojos de Corcoran e hizo presión hacia adentro y afuera al mismo tiempo.

Algo saltó por los aires. El suelo era bastante seco en aquel lugar y había algunas piedras. La cosa se rompió con sonido cristalino.

Deggan masculló algo entre dientes. Luego, imperativo, exclamó:

—¡Sigue con los ojos cerrados, Barry!

El cuchillo actuó de nuevo. Esta vez, Deggan, avisado, consiguió recoger en la palma de la otra mano media esfera de algo que parecía vidrio bastante grueso.

—Ya puedes mirar, Barry —indicó el joven.

Corcoran abrió los ojos. Un rugido brotó de su garganta, a la vez

que se tambaleaba como si hubiera ingerido una dosis excesiva de alcohol.

—¡Veo, veo! —exclamó.

—Claro que ves —sonrió Deggan—. Y con perfecta normalidad además, ¿no es cierto?

Corcoran alzó una de sus informes manos como para frotarse los ojos, pero de pronto, se dio cuenta de que podía dañarse las pupilas y contuvo el gesto.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó—. ¿Qué milagro has conseguido conmigo, Shatto?

Deggan se echó a reír.

—Nada de milagro, Barry —contestó—. Mira —dijo, a la vez que le enseñaba el vidrio que tenía en la palma de la mano—. Sencillamente, distorsionaba las imágenes que llegaban a tu retina. Apuesto a que todo lo veías terriblemente confuso, con los contornos borrosos…

—Sí, es cierto; pero lo achacaba a mi transformación —contestó Corcoran.

—Tu transformación —mascculló Deggan—. La crueldad no está en tu aspecto, sino en la mente de la persona que ideó algo más repugnante todavía que la figura que ahora tienes. Dame tu brazo derecho y sigue quieto —ordenó a continuación.

Corcoran obedeció. Con el filo del cuchillo. Deggan trazó una profunda incisión en aquel velludo miembro, desde el hombro hasta cerca de la muñeca.

—¿Sientes dolor? —preguntó.

—No, en absoluto.

—¡Qué raro! He profundizado casi un centímetro y deberías estar rabiando. Barry, voy a profundizar más todavía. Cuando sientas dolor, avísame.

—Está bien.

El cuchillo volvió a recorrer el mismo camino en la gruesa epidermis del monstruo. De pronto, Corcoran lanzó un débil quejido.

—Ah, esto es lo que yo esperaba —rió Deggan, satisfecho—. ¿Sabes?, esta piel tuya mide, al menos, cuatro centímetros de espesor.

—No… no lo comprendo —dijo Corcoran, desconcertado.

Deggan se inclinó y recogió de la bolsa dos pares de pinzas de buen tamaño, con los cuales asió los bordes del corte, por el lado del hombro. De súbito, tiró con todas sus fuerzas a ambos lados.

La epidermis velluda se rasgó hasta el dorso de la garra. Ahora, solamente con las manos, Deggan dio un par de tirones más. Un brazo, completamente blanco, a excepción de un levísimo arañazo de unos dos centímetros de largo, del que brotaban algunas gotitas de sangre, apareció ante los asombrados ojos de los dos hombres.

Corcoran se tambaleó.

—¡Dios mío! Ahora… creo comprenderlo todo…

Nora se agitó en aquel momento. Deggan volvió la vista hacia la mujer.

—Esperadme aquí —dijo—. Voy a volver al pueblo. Te traeré ropas mías y a ella prendas de vestir de su armario. Trata de consolarla, Barry.

—Sí, y la ayudaré a…

Deggan hizo un gesto escéptico.

—No sé cómo tendrás el pulso, después de lo que te ha pasado, pero no me gustaría que le dañases los ojos —sugirió, a la vez que le daba el cuchillo.

—Lo haré con mucho cuidado, te lo aseguro —prometió Corcoran.

—Está bien. Volveré dentro de media hora, a más tardar.

Deggan giró sobre sus talones y corrió hacia el camino. Montó en el automóvil y arrancó raudamente en dirección a la aldea, a la que llegó en menos de diez minutos.

Lo primero que hizo fue subir a su habitación. Buscó ropas adecuadas, así como un par de zapatos, y lo puso todo en su maleta, vaciada previamente. Luego buscó el dormitorio de Nora.

Estaba reuniendo las prendas que calculaba podían ser necesarias a la joven cuando, de pronto, oyó una voz en la puerta:

—Además de curioso sin motivos, ladrón.

Deggan no se volvió siquiera.

—¿Ha regresado la señorita North? —preguntó.

—Por lo visto, le gustan mucho los alrededores de Nottyburn. ¿Para qué quiere esas ropas. Deggan?

El joven terminó de reunir todo. Luego se acercó a la puerta.

—No saldrá de aquí sin que conteste a mis preguntas —dijo

Crumm.

—¿Ha visto alguna vez una vaca en el techo, Neal?

Crumm soltó una risita.

—¿Me cree tan tonto como para picar? Usted espera que yo levante la barbilla y…

—Bueno, hay otros puntos débiles. La ingle, por ejemplo —dijo Deggan tranquilamente, a la vez que disparaba el pie derecho con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO XI

Kate se paseaba nerviosamente por la habitación en que había sido encerrada desde una hora imprecisa de la noche anterior. El techo era inclinado, lo que le hacía saber se hallaba directamente bajo el tejado, en uno de los puntos más altos de la casa.

Había una ventana abuhardillada, pero no podía escapar por allí. El tejado, de pizarra, era muy pendiente y corría el riesgo de resbalar y estrellarse contra la cristalera del invernadero, situada casi directamente bajo ella. Si caía, rompería los cristales y chocaría contra el suelo, a diez o doce metros de distancia.

En cuanto a la puerta, era de sólidos tablones, invulnerable para sus débiles fuerzas. Ni siquiera disponía de su bolso, en el que tenía una lima para uñas y unas tijeritas. Eran herramientas muy precarias, pero creía que con ellas en su poder hubiera logrado hacer algo. Los únicos muebles que había en la habitación eran una silla y una cama de armazón de madera, vieja y carcomida.

No, no podía escapar y, además, ignoraba el destino que le aguardaba en aquél encierro. Solamente una vez se había abierto la puerta en todo el tiempo y había sido para dejarte ropas, unos bocadillos y una jarra de plástico con agua. El esbirro no se había dignado siquiera contestar a sus preguntas.

Kate temía lo peor.

¿Iba a ser transformada en un monstruo, como lo habían sido Corcoran y la señora McDee?

Terriblemente preocupada, se acercó a la ventana una vez más. Desde allí podía ver el invernadero en toda su extensión. La flor carnívora atraía morbosamente sus miradas. Pensó en lo horrible que debía ser devorada viva por aquel espantoso vegetal y sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo de la nuca a los talones.

Kate ignoraba que Wrenley había recibido en aquellos momentos la visita de dos sujetos. Wrenley se había reunido con

McAdam y O'Pyle en el salón de la planta baja.

—¿Myers? —dijo Wrenley, en contestación a una pregunta formulada por O'Pyle—. No tengo la menor noticia de él. Vino, charlamos, arreglamos nuestros asuntos, se marchó… y eso es todo.

—Miente —exclamó McAdam fríamente. Wrenley hinchó el pecho.

—Demuéstrelo —exigió, altanero.

—Donald Myers era socio nuestro. Estamos enterados al dedillo de todos sus asuntos, incluida la deuda de diez mil libras.

—Hicimos un arreglo para alargar el plazo del vencimiento.

—Es mentira —dijo O'Pyle, tan serio como su compinche. Wrenley se echó a reír.

—Ustedes sí que son mentirosos —contestó insultantemente—. Jamás oí mencionar a Myers nada acerca de unos pretendidos socios. ¿Qué es lo que quieren? ¿Sacarme el dinero?

McAdam se sentó en el ángulo de una mesa, sacó una navaja automática y empezó a limpiarse las uñas ostentosamente con la punta del arma.

—O le sacamos el dinero o le quitamos el pellejo —dijo con glacial acento.

—Myers tenía que haberse reunido con nosotros hace dos días, en Londres, a las dos de la tarde —añadió O'Pyle—. Puesto que no ha vuelto y es obvio que vino a Nottyburn, la cosa se presenta bastante clara: se ha quedado aquí.

—Para siempre —añadió McAdam lúgubremente.

La mente de Wrenley funcionó con rapidez. Era posible que aquellos dos sujetos fuesen socios de Myers, aunque éste tomase las decisiones en la mayor parte de las ocasiones. Pero, por lo que podía juzgar, McAdam y O'Pyle carecían de escrúpulos.

—Muy bien —dijo—. Vengan a mi despacho. Arreglaremos ese asunto.

Giró sobre sus talones y caminó normalmente, sin volver la cabeza una sola vez. McAdam y O'Pyle no merecían vivir, decidió en unos instantes.

Entró en el despacho y se situó detrás de su mesa. Abrió un cajón, metió la mano y sacó una pistola.

Sonaron dos estampidos. O'Pyle, sorprendido, se tambaleó.

Wrenley lo remató de un balazo dirigido al rostro. McAdam,

aturdido, no acababa de reaccionar.

—Levanta las manos —ordenó Wrenley.

McAdam obedeció. Patterson e Higgins aparecieron corriendo.

—¡Desármenle! —ordenó Wrenley.

El mandato fue obedecido sin vacilar. Wrenley, además, dispuso que le quitasen todos los objetos de metal que pudiera llevar sobre sí.

—O, mejor dicho, déjenle sólo con los calzoncillos puestos.

McAdam quedó prácticamente desnudo. Sudaba de terror. Myers había hablado de ciertos experimentos que se realizaban en Hanlon House, aunque sin entrar en detalles. Se preguntó, lleno de pánico, si Wrenley le sometería a alguna diabólica experiencia.

—¿Qué hacemos con él, jefe? —preguntó Higgins.

—Llévenlo al invernadero.

Los dos esbirros obedecieron. Wrenley caminaba a continuación del trío. Momentos después entraban en el invernadero. Wrenley señaló la flor carnívora.

Kate se hallaba en la ventana en aquellos momentos. La escena le quitó la respiración durante unos instantes.

De pronto, vio que los dos sicarios alzaban en vilo al prisionero y lo arrojaban al centro de la flor. Los tentáculos actuaron de inmediato y rodearon el cuerpo de McAdam.

El sujeto chilló horrorosamente, pero Kate no podía oír sus gritos. Casi como hipnotizada, morbosamente fascinada por aquella espantosa escena, vio que los pétalos de la flor se cerraban por completo, ocultando el cuerpo de McAdam de un modo absoluto.

Patterson se mareó y tuvo que salir. Higgins retrocedió.

Wrenley, en cambio, contemplaba los espasmos que recorrían los carnosos pétalos de la corola y los estremecimientos causados en la planta por las convulsiones del cuerpo de McAdam. De pronto, un pie asomó entre dos de los pétalos.

Había sangre en el tobillo, vio Kate. Aquel miembro se agitó violentamente unos segundos; luego, poco a poco, sus movimientos, se hicieron más lentos, hasta cesar por completo.

Una fuerza irresistible tiró de la pierna hacia el interior de la flor. Kate, con el estómago terriblemente revuelto, se apartó de la ventana y se echó sobre la cama, sollozando agudamente.

El terror invadía su mente por completo.

¿Qué iba a hacer aquel diabólico Wrenley con ella?

¿La arrojaría viva a la flor, como había hecho con el prisionero?

¿O la transformaría en un monstruo idéntico a Corcoran y a la señora McDee?

* * *

—Me siento otro —declaró Corcoran, respirando a pleno pulmón. Deggan soltó una risita.

—Las ropas, evidentemente, no te caen bien —dijo—. Eres más larguirucho que yo y tienes el tórax algo más estrecho, pero ahora, cuando volvamos a Nottyburn, te comprarás ropas en la tienda de Barris.

—De todas formas, prefiero esta *piel* a la que llevaba antes —exclamó Corcoran, inmensamente satisfecho.

—¿De veras creías haberte convertido en un monstruo, Barry?

Corcoran miró a su amigo con expresión pensativa.

—¿No lo habrías creído tú también, de hallarte en mi caso? —preguntó. Deggan meneó la cabeza.

—Es probable, no lo sé —respondió—. Todo depende de las circunstancias de cada cual…

Nora apareció en aquel momento, terminando de abrocharse la blusa. En torno a la cabeza llevaba un pañuelo de vivos colores.

—Señor Deggan, ¿cómo podré agradecerle lo que ha hecho por nosotros? —exclamó, a la vez que le tendía ambas manos.

—Con un puesto de primera fila el día de su boda con Barry —rió el joven.

—Hablemos en serio, Shatto —dijo Corcoran—. A ninguno de nosotros dos se nos ocurrió que lo que nos sucedía era sólo fruto de la imaginación de Wrenley y no producto de su ciencia. Demasiado nos imaginamos que lo hizo por celos y despecho, pero, a ti, ¿cómo se te ocurrió que todo podía ser una falsedad?

—Hubo algo fundamental y se lo oí a la señora McDee —contestó Deggan—. Luego empecé a fijarme en otros detalles. Por ejemplo, los ojos… lo que aparentaba ser la pupila y la córnea, no estaba nunca húmedo, como sucede siempre en los ojos de todas las especies vivientes. Luego me fijé también en la boca; al hablar, los

dientes, que se veían muy poco, sin embargo, y la lengua, aparecían completamente normales, es decir, humanos por entero. Si la transformación hubiera sido total, ambos hubieran tenido otros dientes, quizá colmillos carniceros, y una lengua muy distinta. Pero no era así y ello confirmó todavía más mis sospechas.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que dije yo? —preguntó Nora.

—Tenía mucho calor, señora. No es que ahora sea una estación especialmente fría, pero, por las noches, la temperatura baja muchísimo. A la fuerza debería de haber sentido frío, cosa que no sucedía.

—No, no teníamos frío —convino Corcoran—. Sentíamos la humedad, lo malsano del ambiente…

—Y, además, pensaban, que el lugar adecuado para que vivieran dos monstruos era Devil's Lands.

Deggan se inclinó y tomó una de las pieles ahora vacías de su contenido humano.

—Una espuma de goma muy gruesa pero transpirable a fin de cuentas —añadió—. En algunos puntos, el cuello, por ejemplo, su grosor sobrepasaba los cinco centímetros. Las manos y los dedos estaban metidos en lo que podríamos llamar guantes de este traje, reforzados adecuadamente, para poder sostener las garras córneas. Luego, la imaginación de ustedes dos, al verse con este aspecto, hizo el resto.

—Es cierto —admitió Corcoran—. ¿Quién no hubiera creído ser un monstruo, de hallarse en nuestras condiciones?

—Los trajes, sospecho, están hechos *a la medida* —continuó Deggan—. Es decir, probablemente, Wrenley tomó un molde, a fin de que la piel del monstruo se adaptase exactamente a la configuración anatómica de cada uno de ustedes dos.

—¡Me vio desnuda! —chilló Nora ruborizada hasta las orejas.

—Eso no tiene importancia, querida —dijo Corcoran, a la vez que pasaba un brazo por el talle de Nora y la atraía hacia sí—. Lo importante, más que estar vivos, es que no somos unos monstruos.

—Wrenley especuló astutamente con la imaginación de los dos. Lo que no sé es cómo se le ocurrió esta diabólica idea. Pero, en fin, ya nos lo aclarará él en su momento.

—¿Es que piensas ir a verle? —preguntó Corcoran. Deggan asintió.

—Por supuesto —respondió—. Pero en el momento en que a mí me convenga.

Nora se agitó, inquieta.

—Me pica el cuerpo —se quejó.

—Eso es que los dos necesitan un baño —adivinó Deggan—. En cuanto a usted, lo siento, señora McDee; ese bárbaro de Wrenley la afeitó el cabello, para que la piel que iba a descansar sobre su cráneo quedara mejor asentada.

Nora se tocó la cabeza.

—Ya me crecerá —dijo—. Además, tengo en casa un par de pelucas.

—Bueno, yo era medio calvo —dijo Corcoran riendo—. Esto beneficiará mi pelo y lo hará crecer con más fuerza.

—Indudablemente —convino Deggan—. Bien, vámonos, es hora de que regresemos ya a la aldea y por otra parte, tengo ganas de saber de tu exsecretaria.

CAPÍTULO XII

Corcoran y Nora se acomodaron en el coche. Deggan se situó tras el volante. De pronto, Corcoran lanzó una exclamación.

—¡Shatto, antes has dicho mi exsecretaria!

—Claro. Tú te vas a casar y Nora podrá hacer lo que Kate hacía. Además, ella no toleraría una chica guapa en tu casa. Y, por último, quiero cambiar el apellido de Kate.

—¿Ah, sí? ¿Es que no te gusta el de North?

—No seas ingenuo, Barry —dijo Nora—. Lo que el señor Deggan quiere decir es que se va a casar con Kate.

—¡Caramba, sí que ha ido rápido el asunto! —se admiró el científico.

—Psé, así son las cosas de la vida —contestó Deggan con acento intrascendente—. ¿No le parece, señora McDee?

—Llámeme Nora, por favor —pidió suavemente la aludida.

Minutos más tarde llegaban al pueblo. Nora dijo que se iba a su casa, al ver que el coche se paraba frente a la tienda de Barris.

—No, aguarde, es mejor que la acompañemos nosotros —dijo Deggan, pensando en Crumm.

Entraron en la tienda.

—No llevo dinero —alegó Corcoran.

—Yo corro con todos los gastos, no te preocupes —dijo Deggan. Luke Barris se dispuso a atender a sus clientes.

—¡Caramba, Nora, qué mala cara tiene usted! —comentó.

—Es que he estado algo indispuesta —mintió ella.

—Dijeron que se habla ido fuera de Nottyburn, para siempre…

—Es pronto todavía, señor Barris.

Deggan alabó en su fuero interno las respuestas de la joven. Mientras Corcoran elegía las prendas que más convenían a su complexión.

Los ojos del joven recorrieron críticamente el interior del local.

—Aquí es donde entró el monstruo hace un par de semanas —dijo.

—Sí —contestó Barris, ceñudo—. Me destrozó un sinfín de cosas y, aunque no robó más que una cuartilla y un sobre, me causó muchos perjuicios. Pero no se preocupen; le tengo preparado un buen recibimiento, por si se le ocurre regresar. ¡Se marchará bien caliente, créanme!

Deggan no quiso decir que el monstruo ya no volvería a Nottyburn. No era llegado aún el momento de las explicaciones.

Un cuarto de hora más tarde, salían de la tienda. Deggan dio instrucciones a la pareja.

—Está bien —dijo Nora—. Iremos por la puerta trasera.

Deggan paró el coche ante la posada y esperó un par de minutos. Luego abrió la portezuela, saltó al suelo y se dirigió hacia la taberna.

Entró, con la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta. No llevaba armas de ninguna clase, pero convenía que Crumm se lo imaginase.

Crumm estaba tras el mostrador y le miró venenosamente. Deggan no se inmutó.

—Vamos a las habitaciones de la parte de atrás —dijo. Gotas de sudor aparecieron en la frente de Crumm.

Fue a decir algo, pero el aspecto resuelto del joven le hizo sentir un nudo en la garganta. Después de abandonar el mostrador, entró en un pasillo oscuro, sin apenas luz. Deggan le señaló una puerta.

—Abra ahí. Y no grite o lo pasará muy mal.

Crumm obedeció en silencio. De repente, vio a Nora y se puso a temblar.

—No… No es posible… Ella es…

—No es un monstruo, Neal —dijo Deggan a sus espaldas, a la vez que le propinaba un fuerte empujón.

Crumm trastabilló. Aprovechándose de su sorpresa, Deggan lo registró, quitándole una pistola que llevaba en el cinturón, hacia el lado izquierdo.

—Muy bien, Neal; ahora, saque el contrato de compraventa de este negocio.

—E… está en uno de los cajones de esta mesa…

Nora abrió un par de cajones, antes de encontrar el contrato. Lo

primero que hizo fue mirar la firma.

—Un contrato falso —dijo sin pestañear.

—Es lo que yo me figuraba —sonrió Deggan—. Wrenley te mandó a ocupar el puesto de la señora McDee, ¿no es así, Neal?

Crumm, anonadado, asintió.

—Pero yo tenía noticias de que Wrenley sólo tenía dos hombres en la casa —añadió el joven.

—A Crumm no lo contaba yo como *gorila*. Hacía de jardinero o algo por el estilo —explicó Nora.

—Se cuidaba de las plantas del invernadero, además de cocinar —añadió Corcoran.

Crumm sudaba copiosamente.

—¿Qué…, qué es lo que van a hacer conmigo? —preguntó—. Yo…, yo no he hecho nada malo… Ni siquiera intervine en los experimentos del señor Wrenley. Me limitaba a obedecer sus instrucciones en lo referente al cuidado de las plantas…

—Dices la verdad, pero sólo en parte —exclamó Deggan—. Y, por cierto, ¿ha vuelto ya la señorita North?

Crumm guardó silencio.

Deggan se alarmó. De pronto, puso la pistola en la nuca del sujeto.

—¿Dónde está ella? —preguntó.

—En…, en Hanlon House… —contestó Crumm, a punto de echarse a llorar.

—¡En Hanlon House! —gritó el joven—. Pero ¿cómo diablos ha ido a parar allí?

—Vi… vino Wrenley con los otros dos y… y se la llevó… Yo no podía hacer otra cosa que obedecer.

El pecho de Deggan se hinchó tempestuosamente.

—Si le ha pasado algo, te costará caro —exclamó—. Nora, busque una cuerda fuerte —agregó.

—Sí, al momento.

Minutos después, Crumm yacía en el suelo, sólidamente atado y amordazado. Antes de salir, Deggan revisó el arma para tenerla a punto en caso necesario.

—Nora, usted se quedará aquí —indicó Deggan—. Atienda el negocio con toda normalidad, pero no diga nada de lo que ha pasado. Ocúpese solamente de que este granuja no pueda escapar.

—Descuide, Shatto.

—Yo iré contigo —se ofreció Corcoran.

—No, Barry. Pueden ocurrir cosas malas. No quiero que corras el menor riesgo.

—Tú los has corrido por mí, Shatto. Además, puedes necesitar mi ayuda. En el invernadero, por ejemplo.

—¿El invernadero? —repitió Deggan.

—Sí. Hay allí algo terriblemente peligroso. Devoraría a un hombre si tuviera la mala suerte de…

—Ah, tú te refieres a la flor carnívora.

—¡Cómo! ¿Es que la has visto?

Deggan sonrió.

—He visto más cosas de las que crees, pero menos de las que desearía —respondió—. ¿A quién diablos se le ocurrió crear esa flor?

—Es idea de Wrenley, uno de sus experimentos sobre crecimiento acelerado de los vegetales. Pero esto tiene un inconveniente…

—Ahora no me interesan los inconvenientes de esos experimentos —atajó Deggan resueltamente—. Bien, si tanto empeño tienes, ven conmigo.

—Barry, cuídate —solicitó Nora. Corcoran se inclinó para besarla.

—Antes de una semana, serás la señora Corcoran —aseguró, orgulloso.

—Vamos, basta de ternuras —masculló Deggan—. La vida de tu exsecretaria está ahora en peligro.

* * *

Con expresión satisfecha, Wrenley alargó la mano y tocó uno de los enormes granos de trigo. Eran como peras de buen tamaño, aunque su color y textura fuesen los del trigo auténtico. Pero, de repente, el grano se deshizo en una lluvia de polvo grisáceo y maloliente.

Wrenley lanzó una fuerte interjección. A su lado, Patterson, que le ayudaba desde que faltaba Crumm, empezó a toser.

—¿Qué pasa aquí, jefe? —preguntó, entre tos y tos.

—Eso es lo que también me gustaría saber —respondió Wrenley malhumoradamente—. El trigo…

Pero no pudo seguir. El siguiente grano había estallado lo mismo que el anterior. El hedor se hizo insoportable.

—No puedo aguantar más, jefe —se quejó Patterson, sobre cuyo hombro izquierdo había caído un buen chorro de aquel repugnante polvo. Sacudiéndose con el pañuelo, tosiendo alborotadamente, dio unos pasos atrás y corrió en busca de la salida del invernadero.

Wrenley masculló algo entre dientes. Había un fallo en el programa de crecimiento acelerado, se dijo. Pero averiguarlo no sería cosa de unas pocas horas.

Y, además, por el momento, tenía un problema mucho más importante que resolver. Desde aquel punto, se divisaba la flor carnívora, cerrada sobre sí misma. Leves ondulaciones recorrían la superficie de sus pétalos, que componían ahora, unidos, la figura de una gigantesca alcachofa de color rojizo. Pero en su interior había el cuerpo de un hombre que estaba siendo disuelto por los jugos digestivos de la planta.

Antes de salir, Wrenley hizo una nueva prueba. El tercer grano de trigo estalló como los anteriores. Profundamente preocupado, se dirigió al laboratorio.

Allí se lavó las manos con jabón desinfectante, hasta estar seguro de que no quedaba en ellas ningún germen nocivo. Luego usó el interfono:

—¡Patterson, Higgins, traigan a la señorita North!

—Al momento, jefe —contestó el segundo de los nombrados.

Mientras llegaban, Wrenley se puso un mono blanco de trabajo. Luego contemplo críticamente la piel que había elaborado para Kate. Era una chica alta y bien formada, casi de su misma estatura. No había tenido tiempo de tomar las medidas de un modo exacto, pero confiaba en la elasticidad del material para que aquella piel, de hasta seis y siete centímetros de grosor en algunos sitios, se acomodase perfectamente al esbelto cuerpo de Kate.

—Incluso yo podría usarla —se dijo, riendo ante la idea de ponerse aquel disfraz para dar un buen susto a alguien.

Kate y los esbirros llegaron momentos más tarde.

—Ahí, sobre la mesa.

—¿Qué es lo que van a hacer conmigo? —preguntó la chica.

—No se preocupe. Mañana, al amanecer, tendrá la respuesta —dijo Wrenley.

Kate sintió un escalofrío.

—Me va a transformar en un monstruo —adivinó.

—Y luego capturaré a ese entrometido de Deggan y haré lo mismo con él. En lugar de una sola, habrá dos parejas en el pantano. Será divertido, ¿no le parece?

Patterson e Higgins llevaron a la joven a la mesa, sobre la cual la hicieron tenderse. Luego le sujetaron con las abrazaderas metálicas.

—Está bien, ya podéis iros —dijo Wrenley.

Patterson se llevó de pronto la mano al lado izquierdo del cuello.

—Jefe —llamó.

Wrenley se volvió hacía el individuo.

—¿Qué le pasa ahora, Will? —inquirió.

—Me pica aquí… Siento una molestia muy fuerte… Parece una urticaria…

—Habrás comido algo que no te ha sentado bien —dijo Wrenley en tono intrascendente.

—No, señor; precisamente, tengo un estómago que lo digiere todo.

—De avestruz —dijo Higgins, con una risita.

—Yo creo que ha sido el polvo de los granos gigantes de trigo —manifestó Patterson—. Uno de ellos explotó y parte de ese polvo asqueroso me saltó al hombro.

—Desinféctate bien con alcohol. Luego aplícate un poco de talco, eso es todo —indicó Wrenley.

—Sí, señor.

Los dos esbirros se marcharon. Wrenley y Kate quedaron solos en la estancia. Kate estaba muy pálida. La sonrisa de Wrenley ponía frío en su cuerpo.

—Oiga, usted no puede…

—Sí puedo —atajó el sujeto cínicamente.

De pronto, se acercó a la mesa con un afilado bisturí en la mano.

—¡Va a matarme! —chilló Kate.

—No sea tonta —rezongó Wrenley—. Lo que menos deseo es su muerte. Pero la ropa estorba, ¿comprende?

Kate usaba pantalones en el momento de ser tendida sobre la mesa de operaciones. Durante el día, le habían traído parte de sus ropas.

El filo del bisturí rasgó una de las perneras desde la cadera al tobillo.

CAPÍTULO XIII

Deggan y su amigo llegaron sigilosamente al invernadero. Corcoran había sugerido entrar en la casa por aquel lugar.

—Así podremos sorprenderles mejor —aseguró.

Deggan no tenía nada que oponer a los deseos de su amigo. Lo que le interesaba en aquellos momentos era evitar que Wrenley cometiera un desaguisado con Kate. La chica podía sufrir un *shock* tremendo al creerse un monstruo, ignorante aún de la verdad sobre el particular.

Corcoran abrió la puerta del invernadero. Inmediatamente, arrugó la nariz.

—¡Vaya una peste! —se quejó.

Deggan sacó un pañuelo y se tapó la nariz.

—No sé cómo hay gente con humor para cierta clase de trabajos —refunfuñó.

—¡Eh! —exclamó Corcoran de pronto—. La flor ha comido.

—¿Te refieres a la flor carnívora?

—Sí. Está completamente cerrada… Ese Wrenley es un bruto; le dije que no debía darle carne más que una vez cada dos semanas.

—¿Qué pasa? ¿Se indigestará? —preguntó burlonamente.

—Pues…, algo por el estilo, claro. Espera un momento; esa digestión es relativamente lenta y… Voy a ver si le quito la carne que, según parece, le arrojaron no hace mucho.

—Oye, Barry.

Pero Corcoran no le hizo caso. Buscó con la vista y no tardó en encontrar una larga horquilla de púas de hierro, con la cual avanzó hacía la flor.

—¡Cuidado, tú! —exclamó Deggan, alarmado.

Corcoran no hizo caso de la advertencia de su amigo. Se acercó a la flor y pinchó con fuerza algunos de sus pétalos.

Deggan le contemplaba entre escéptico y resignado. De pronto,

vio que los esfuerzos de su amigo producían efectos.

Los pétalos se separaron un tanto. De súbito, Corcoran lanzó un grito de horror.

—¡Shatto! ¡Hay un hombre dentro de la flor!

Deggan respingó. Corrió hacia la planta carnívora, miró un instante y retrocedió, presa de violentas náuseas.

El cuerpo que había allí aparecía corroído por los jugos de la planta. Algunos huesos asomaban entre la masa de carne ya informe y todavía sanguinolenta en muchos puntos.

—Pero ¿cómo ha podido caer aquí este desgraciado? —exclamó Corcoran, sumido en un profundo desconcierto.

—No me importa ni quiero seguir aquí ni un minuto más —gruñó Deggan—. Si no vienes tú, me iré yo solo, Barry.

—Está bien, Shatto.

Corcoran tiró a un lado la horca. Caminó unos pasos. Luego se volvió. Los pétalos de la flor se cerraban de nuevo.

Se estremeció.

—¿Cómo habrá podido ir a parar ahí ese pobre hombre? —murmuró.

Deggan había alcanzado ya la puerta de comunicación con la casa. Pero Corcoran no le seguía.

Se volvió, impaciente.

—¿Vienes o no? —preguntó.

Corcoran estaba examinando ahora una de las espigas de trigo gigante.

—Aquí hay algo que no marcha bien —masculló. Pero siguió andando, para reunirse con su amigo.

En aquel momento, Wrenley se disponía a cortar la segunda pernera de los pantalones de Kate.

La muchacha no estaba dispuesta a someterse a los deseos del sujeto sin lucha. De pronto, descubrió que sus muñecas eran harto más delgadas que las abrazaderas de hierro que la sujetaban.

Wrenley había dejado de mirarla unos instantes. Kate sacó la mano derecha, se incorporó un poco, agarró, un puñado de cabellos y tiró con fuerza.

El sujeto se tambaleó, a la vez que lanzaba un grito de furor. Kate tiró con más fuerza todavía.

El bisturí cayó al suelo. Con la mano libre, Wrenley intentó

golpear a Kate, pero falló en parte. Ella, mientras tanto, había conseguido liberar la mano izquierda y se agarró a la cabellera de Wrenley con las dos manos. Tiraba sin compasión, dispuesta a cualquier cosa por salvar su vida.

Mientras tanto, forcejeaba para sacar los pies de las abrazaderas inferiores, pero no podía conseguirlo. Al fin, la superior potencia física de su oponente empezó a imponerse. Wrenley consiguió asestar un buen golpe. La bofetada alcanzó de lleno a Kate en una mejilla y la dejó aturdida.

Wrenley golpeó de nuevo. Kate perdió el sentido y cayó hacia atrás.

—¡Maldita! —gruñó.

Luego se dijo que había sido un tonto. ¿Por qué se había olvidado del anestésico? Arreglándose el revuelto cabello, fue en busca del pulverizador que contenía el gas narcótico. La puerta del laboratorio se abrió en aquel instante.

—¡Jefe! —chilló Patterson.

Wrenley se volvió malhumoradamente.

—¿Qué diablos pasa ahora? —preguntó.

—Mire… Estoy contagiado… Es una enfermedad maligna… El cuello me arde… y el pecho y la espalda también.

Wrenley se acercó al sujeto. Respingó.

El cuello de Patterson estaba recubierto por una serie de protuberancias de color gris claro, algunas de las cuates, alcanzaban dos centímetros de diámetro. Wrenley se preguntó qué misterioso germen había originado aquella extraña enfermedad.

Mientras examinaba el cuello de su esbirro, vio que una de las protuberancias crecía rápidamente, sobresaliendo de la piel unos cuatro o cinco centímetros. La cosa se convirtió en un hongo de buen tamaño.

Más hongos brotaron de aquella garganta. Wrenley, aterrado a su pesar, retrocedió un par de pasos.

—¡Aquí, aquí también! —gritó Patterson, agitándose convulsivamente. El cuerpo le ardía. Patterson se arrancó las ropas a puñados.

Wrenley se sintió horrorizado.

El tórax de Patterson era una masa de protuberancias, que se convertían en hongos con increíble rapidez.

—Me abraso, me abraso —gimió Patterson.

—Sigue aquí un momento; voy a ver si encuentro algún remedio…

Pero Wrenley tenía la seguridad de que Patterson estaba condenado a muerte. Y la única cosa que se podía hacer para evitar que la infección siguiera extendiéndose, era darle muerte e incinerar luego su cadáver.

En el despacho tenía un revólver. Lo sentía por Patterson, pero no podía hacer otra cosa.

—Aguarda un instante; vuelvo en seguida —prometió.

Abandonó el laboratorio y corrió a su despacho. De pronto, Patterson lanzó un aullido y cayó al suelo revolcándose.

Segundos después, tenía el revólver en la mano. Cuando salía de la estancia, oyó una voz intimidatoria:

—¡Wrenley, suelte el arma o tiraré a matar!

* * *

Wrenley se detuvo instantáneamente. Vaciló un momento, pero acabó por soltar la pistola, que cayó al suelo. Acto seguido, levantó las manos.

—¿Deggan? —preguntó, sin volverse.

—Y Corcoran —respondió el joven.

—Deggan, ¿no le da miedo ese monstruo? —preguntó Wrenley irónicamente.

—Vuélvase, por favor —indicó Deggan.

Wrenley obedeció. Un rugido de rabia brotó de sus labios al ver que Corcoran había recobrado su aspecto normal.

—¿Cómo lo supo? —gritó.

—Eso no importa ahora. Es mucho más interesante saber el paradero de la señorita North.

—No la he visto. No sé dónde está.

—Es usted un mal mentiroso. ¿Sabe que hemos hablado con Crumm? ¿Sabe que Nora McDee vuelve a ser una mujer?

Wrenley se estremeció levemente.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —preguntó.

—Tiene que responder de sus crímenes. Usted mató a Myers.

—No puede probarlo —rezongó Wrenley.

—En alguna parte encontraremos la garra artificial que usted usó para hacer creer que era el monstruo quien había matado a Myers. Por cierto, ¿qué ha sido de los dos tipos que lo buscaban?

—Uno de ellos, seguro, está en la corola de la flor carnívora —sugirió Corcoran.

—Y el otro habrá ido a parar al pantano. El plomo le habrá servido de lastre, ¿no es así, Wrenley?

Hubo un momento de silencio. Luego, Deggan continuó:

—Usted no quería que nadie viniese a Hanlon House para averiguar qué había sido de Corcoran. Por eso envió a uno de sus secuaces a Londres, para evitar que pudiéramos encontrar alguna pista, aunque sí hallamos restos de una carta bastante antigua, en la que Corcoran se negaba a colaborar con usted. Es preciso reconocer que logró convencerle después, pero entonces ocurrieron cosas que alteraron el ritmo de los acontecimientos. Me refiero a sus pretensiones sobre la señora McDee y los celos que sentía al verse desdeñado por otro, lo que le hizo concebir la idea del monstruo, como una venganza de refinada crueldad.

—Era una buena idea, ¿no le parece? —dijo Wrenley cínicamente.

—Usted deseaba gozarse con los sufrimientos de mis amigos, los cuales creían ser sinceramente unos monstruos. Yo logré descubrir el engaño y…, dígame, ¿ha hecho lo mismo con Kate North?

—Prefiero no contestar, Deggan.

—La advertencia de su esbirro no ha servido para nada, Wrenley. Nosotros estamos aquí para que se haga justicia.

—Temo que han perdido el tiempo —sonó de pronto la voz de Higgins—. Tire el arma o dispararé a matar.

Wrenley lanzó una fuerte carcajada.

—¡Bravo Mark, ha llegado usted en el momento más oportuno! —exclamó—. Manténgalos a raya unos minutos; mientras, haré algo muy importante. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Higgins se acercó al joven y apoyó en su espalda el cañón de la pistola. Resignado, Deggan dejó caer el revólver.

En el mismo instante, Wrenley entraba en el laboratorio. Deggan contempló con ojos sombríos la puerta que se cerraba de un fuerte

golpe.

CAPÍTULO XIV

Wrenley contempló con ojos de horror el cuerpo de Patterson, invadido por aquella extraña plaga de hongos. Patterson se estremecía aún ligeramente.

Kate continuaba desvanecida. La mente de Wrenley funcionó con rapidez.

Debía llegar a la aldea cuanto antes. En el garaje de la posada había un coche. Pero no podía escapar con su aspecto, quizá había alguien prevenido en el camino, dispuesto a cortarle el paso.

Había un medio, sin embargo, de llegar sin ser advertido. En el peor de los casos, el pánico que inspiraría, sería suficiente para evitarle contratiempos.

La falsa piel del monstruo estaba lista. Faltaban algunos detalles, que hubiera completado, una vez aplicada sobre el cuerpo de Kate, pero no era cosa de gran importancia. En la oscuridad, no se apreciaría el cierre relámpago que, en los otros disfraces, había quedado convenientemente oculto mediante más aplicaciones de piel velluda.

Todo le había salido mal, se dijo. Había concebido grandes esperanzas de sus experiencias; podía haber ganado enormes sumas de dinero… y ahora no llevaba encima más que unos cientos de libras, procedentes de la billetera de Myers.

Bueno, en alguna parte empezaría una nueva vida, con otro aspecto y un nombre distinto. Había muchas salidas para un hombre inteligente y resuelto como él, pensó, mientras, ya desnudo, metía las piernas en las perneras del traje de monstruo.

Patterson se quejó de pronto. Antes de vestirse del todo, Wrenley, fríamente, le disparó dos tiros a la cabeza.

Luego volcó por el suelo un par de frascos de alcohol, cada uno de los cuales contenía varios litros. Disparó de nuevo y el fogonazo inflamó el líquido instantáneamente.

Wrenley echó a correr. Ya terminaría de vestirse en el exterior.

En el vestíbulo, Deggan y los otros oyeron los disparos. Deggan temió lo peor.

De súbito, giró un poco y asestó a Higgins un terrible codazo en el vientre. Higgins se dobló sobre sí mismo, a la vez que lanzaba un grito de dolor.

Deggan terminó de volverse. Loco de ira, pateó al forajido, hasta dejarlo sin sentido en el suelo.

Aparró el revólver de nuevo y corrió hacia la puerta. Maldijo al darse cuenta de que estaba cerrada con llave.

Pero había una forma de abrir. Retrocedió un paso y disparó dos veces contra la cerradura. Luego golpeó la puerta con el pie.

Se oyó un fuerte crujido. Una onda de calor salió fuera del laboratorio.

—¡Fuego! —gritó Corcoran instintivamente.

A través de las llamas, Deggan divisó el cuerpo inanimado de Kate.

—¡Cuídate de ese tipo, Barry! —gritó—. Sácalo al exterior; lo necesitaremos más adelante.

Deggan saltó hacia adelante. Protegiéndose con un brazo, atravesó de un salto la barrera de llamas y pasó al otro lado.

Kate empezaba a moverse. Deggan soltó las abrazaderas de los tobillos y la tomó en brazos.

El fuego se incrementaba por segundos. Deggan comprendió que ya no podría utilizar aquella puerta.

Pero el laboratorio disponía de ventanas. Dejó a Kate en el suelo, agarró una banqueta y destrozó a golpes todos los vidrios de una de las ventanas.

Kate lanzó un gemido.

—¿Estás bien? —preguntó Deggan, inclinándose sobre ella.

Kate hizo un torpe gesto de asentimiento. Deggan la hizo ponerse en pie.

—Vamos —dijo—. Dentro de un minuto, esto será un infierno.

La chica caminó con dificultad. Deggan la alzó en peso, para hacerla pasar a través de la ventana.

El aire fresco reanimó a Kate. Deggan saltó fuera y se la llevó lejos del laboratorio, que ya era una enorme masa de llamas.

Algunos frascos estallaban con enorme estrépito y sus ruidos

aumentaban el fragor de la catástrofe. Deggan y Kate se alejaron de la casa, hasta hallarse en lugar seguro. Corcoran y el prisionero estaban también fuera de la casa. Higgins continuaba sin sentido.

—Wrenley ha escapado —dijo Deggan sombríamente.

—Es un tipo con suerte —comentó Corcoran.

—No creas. La policía acabará por encontrarle. En cuanto a este sujeto, nos explicará muchas de las cosas que han pasado aquí, mientras tú merodeabas por Devil's Lands.

Kate empezaba a recobrarse.

—Ese horrible individuo… Quería transformarme en un monstruo, como hizo con el señor Corcoran y la señora McDee…

Deggan y su amigo cambiaron una mirada.

—Kate, me parece que no te has dado cuenta de que el señor Corcoran está aquí y no precisamente con aspecto de monstruo —dijo el joven.

Ella lanzó un grito.

—¡Es cierto! Shatto, ¿cómo lo has conseguido?

—No había tal monstruo —respondió Deggan—. Pero ya te explicaré más tarde.

—Estoy preocupado —manifestó Corcoran de pronto.

—¿Por qué? —preguntó Deggan.

—Aquellos granos de trigo gigante… Habían sido atacados por una enfermedad criptogámica… Probablemente, los hongos de esa plaga se desarrollarán también con enorme rapidez. Pueden resultar muy peligrosos.

—A Patterson le atacaron —dijo Higgins de pronto.

Entonces, Deggan creyó recordar haber visto un cuerpo humano tendido en el suelo.

—En ese caso, ¿contra quién disparó Wrenley?

—Seguramente, contra Patterson, para evitarle sufrimientos —contestó Higgins desanimadamente—. Yo le vi el cuello; era algo horrible…

Corcoran se estremeció.

—Habrá que quemar también el invernadero —exclamó.

—¿Arderán las plantas? —dudó Deggan.

—En todo caso, traeremos gasolina o petróleo, si el fuego de la casa no se propaga al invernadero. Pero es la única forma de evitar que esa plaga se extienda.

Deggan asintió. Delante de él, Hanlon House era una masa de fuego que ardía en pompa desde los cimientos al tejado.

—Será mejor que nos alejemos de aquí —sugirió. Higgins no tenía intenciones de escapar.

—Lo diré todo —manifestó, con la esperanza de salir bien librado.

—¿Quién era Myers? —preguntó Deggan.

—Un prestamista de Londres —respondió Higgins—. Había prestado dinero al señor Wrenley y vino a reclamar la deuda. Wrenley lo mató, con una falsa garra…

—Ustedes le ayudaron. ¿Por qué?

Higgins desvió la mirada.

—Pagaba bien —trató de justificarse. Deggan meneó la cabeza.

—Habría que ver la forma de propagar el fuego de la casa al invernadero —dilo.

Parte del techo se hundió de pronto, con gran estrépito. Empezaron a oírse ruidos de cristales que saltaban en el invernadero.

—En el garaje hay un bidón con petróleo —indicó Higgins de pronto. Deggan miró a su amigo.

—Barry, manos a la obra —exclamó.

Los cuatro echaron a andar hacia el garaje, que estaba en el lado opuesto de la casa, y al que las llamas habían respetado hasta entonces. Era preciso actuar con rapidez. Mientras hacían rodar el barril de combustible, Deggan no pudo por menos de expresar su preocupación en voz alta:

—¿Dónde diablos estará Wrenley ahora?

* * *

Disfrazado, Wrenley había conseguido llegar a la aldea. Habíase encontrado con un par de hombres, a los que dio un susto mayúsculo, haciéndole correr despavoridos. Otros, sin embargo, habían divisado el resplandor que brotaba del incendio y acudían a Hanlon House para ver si podían hacer algo.

El estrépito en la aldea era considerable. Luke Barris y su esposa estaban despiertos. Barris dudaba acerca de lo que debía hacer.

—Es obra del monstruo —masculló.

Sentíase obsesionado por la fiera, desde el día en que la oyó en la tienda. El deseo de vengarse y de exterminar a aquella alimaña era más fuerte que nunca.

Barris tenía escopetas en la tienda, pero sabía que los perdigones y aun las balas, poco daño podían hacer al monstruo. Tenía algo mejor.

Andaba ya rozando el medio siglo. Veinticinco años antes, se había enfrentado con un monstruo mucho más espantoso que el que habitaba los pantanos de Devil's Lands.

El monstruo pesaba sesenta toneladas y estaba armado con varias ametralladoras y un cañón de 88. Barris lo había hecho arder con una botella de gasolina. Le habían dado una medalla por su hazaña.

El fuego lo destruía todo, pensó, mientras se ponía los pantalones. Pero ahora, además de la botella de gasolina, tenía algo mejor.

Un perro ladró de repente al pie de la casa. Barris corrió hacía la ventana.

El can ladraba furiosamente. Algo se movía con cautela por la trasera del edificio.

—Por fin —dijo Barris, enseñando los dientes en una sonrisa de satisfacción.

Sus armas estaban en la habitación contigua. Barris corrió hacia allí y encendió la mecha de algodón, sujeta a la botella de gasolina. Luego se asomó a la ventana.

El monstruo estaba a punto de pasar por debajo. Barris lanzó la botella que se estrelló en el suelo, delante de la cosa. Una llamarada surgió en el acto.

Bajo su máscara, Wrenley, que estaba ya a punto de alcanzar la salvación, lanzó un horrible rugido. Casi en el acto, el contenido entero de un cubo, más de diez litros de petróleo, cayó sobre su cabeza y se desparramó por todo su cuerpo.

El monstruo se convirtió instantáneamente en una masa de llamas. Horribles alaridos brotaban de su garganta. Enloquecido de dolor, Wrenley echó a correr…

Los vecinos se congregaban todavía en la calle principal para ir a Hanlon House. De súbito, vieron aparecer una cosa envuelta en

llamas, de la que brotaban rugidos inhumanos.

Una tremenda desbandada se produjo en el acto. Wrenley se abrasaba vivo. La segunda piel de espuma de goma ardía de un modo espantoso. De pronto, perdió el conocimiento y se derrumbó al suelo.

Alguien, pasados unos minutos, se atrevió a acercarse con un extintor de incendios. Cuando el fuego se apagó, todos pudieron ver el cuerpo ennegrecido de un hombre. Las llamas habían respetado su figura, pero Wrenley había muerto por el calor y con los pulmones quemados por el fuego.

* * *

—Nosotros iremos a Londres muy pronto —dijo Corcoran—. Nora tiene que liquidar todavía su negocio. Además, yo he de quedarme en Hanlon House para ver que no se extienda la plaga.

—Tengo que decirte una cosa, Barry —manifestó Deggan.

—Sí, Shatto, lo que quieras.

—Me parece muy bien que sigas experimentando en tu especialidad, pero aunque me tomes por retrógrado… no pases de las dos cosechas de trigo anuales, en el mejor de los casos. No soy entendido en la materia, por supuesto, pero creo que no conviene forzar la naturaleza.

Corcoran sonrió.

—Tienes razón —convino. Deggan estrechó la mano de Nora.

—Será un buen marido, aunque algo despistado —vaticinó. Nora sonrió.

—Eso hará menos monótona la vida matrimonial —aseguró. Deggan y Kate subieron al coche. Agitaron las manos y sonrieron.

El automóvil arrancó. Kate se arrellanó en el asiento y lanzó un hondo suspiro.

—De modo que Wrenley estaba en tratos con alguien para vender el resultado de sus trabajos, que, en realidad, procedían de los de Barry.

—Sí, pero ese alguien no ha dado la cara y, en realidad, no importa demasiado, porque no se le puede culpar de las barbaridades que cometió Wrenley.

—Es cierto —Kate volvió a suspirar—. Bien, otra vez a la vida monótona y aburrida…

—¿Lo crees así?

—Hombre, tú verás.

—Kate, yo no necesito una secretaria.

—Lo siento. Pensaba que me ofrecerías el puesto.

Deggan sonrió.

—Tengo para ti otra colocación mejor —dijo.

—Me pregunto cuánto debe de valer un traje de novia. ¿Sabes tú algo al respecto, Shatto?

Deggan la miró sorprendido.

—Sí que eres espabilada —rezongó—. Pero si crees que el traje es caro, puedes alquilarlo. Y, a última hora, cualquier vestido sirve. Creo yo.

Kate rió alegremente.

—Tienes razón. El vestido no importa en absoluto, aunque…

Deggan suspiró.

—Está bien, te regalaré el traje de novia —dijo.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.